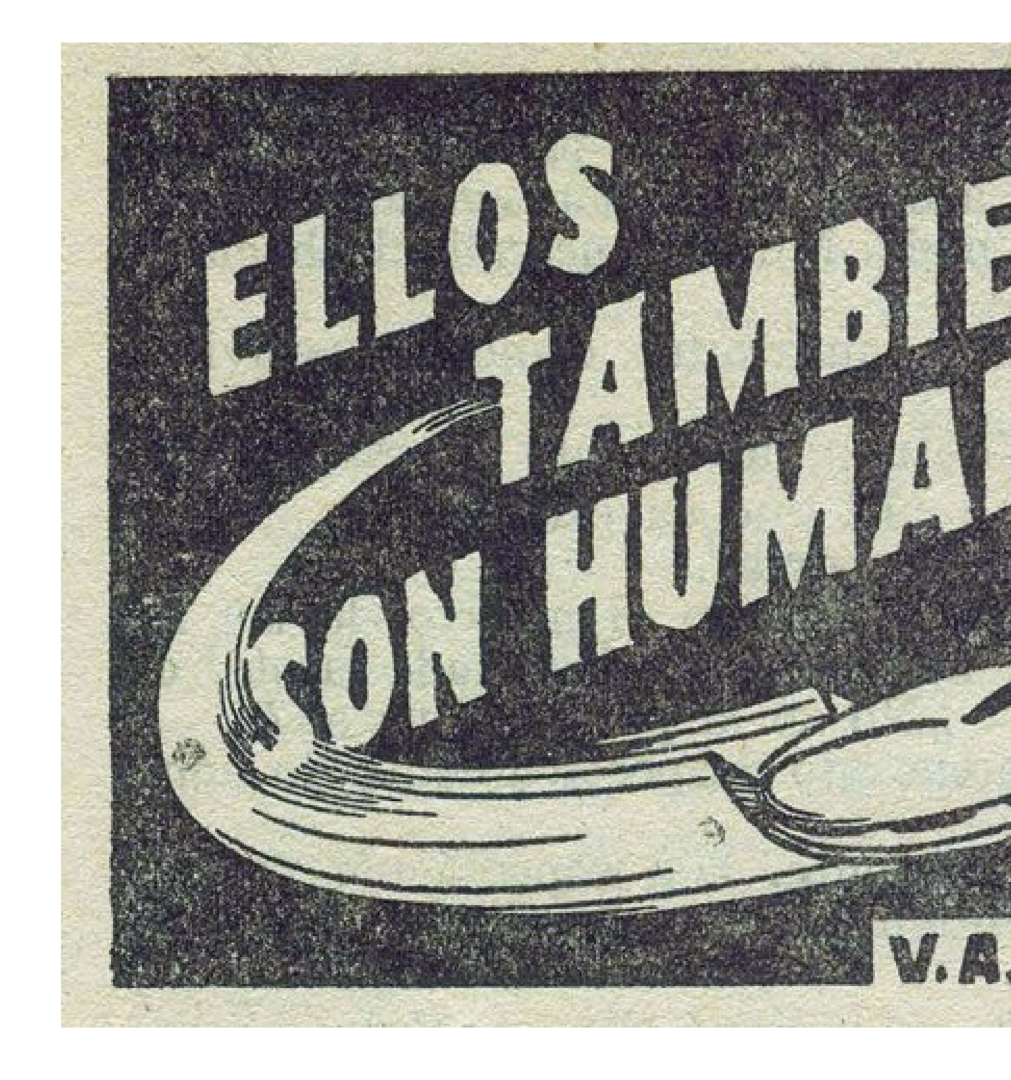

ELLOS TAMBIEN
SON HUMANOS
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
V.A. CARTER

V. A. CARTER

ELLOS TAMBIEN SON HUMANOS

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO I

El colosal transporte ultimó su órbita en torno al planeta y sus motores cesaron de emitir los poderosos haces de protones que le habían llevado a través de cincuenta años-luz en algo menos de una semana. Tom Shelley inició un movimiento para apartarse del ventanillo de observación... y estuvo a punto de derribar a una muchacha que se había situado a sus espaldas sin que él se diera cuenta.

-Perdone...

La chica, bonita por cierto, según no pudo menos que notar Shelley, no parecía percatarse de su presencia ni del empujón involuntario que le había propinado. Miraba encandilada hacia el exterior.

-Es precioso -murmuró, como si estuviera soñando.

Shelley se detuvo, levemente asombrado.

-¿Precioso? ¿El qué es precioso?

Ella pareció despertar.

-¡Oh! -comprendiendo el motivo de las interrogaciones, señaló hacia el azulado cristal de observación-. ¿No se lo parece a usted?

El joven se encogió despectivamente de hombros.

-No, francamente. Un espectáculo vulgar, que puede contemplarse en cualquier parte de la Galaxia.

-¿Vulgar? -se indignó ella-. ¿Vulgar llama a esa maravilla de tener tres enormes estrellas casi tocándose... y cada una de tonalidades distintas?

-¡Bah! Llevo vistos cientos de ellas... -la miró como quien contempla un espécimen de algún raro animal-. ¡Oiga! ¿De dónde se ha descolgado usted? ¿Acaba de salir del cascarón, o se ha pasado la vida en los subterráneos de la Luna?

La chica se ruborizó levemente, aunque no tenía aspecto de que esto le ocurriera muy a menudo.

-Pues... casi -sonrió-. No creo que el no haber salido nunca del Sistema Sol sea como para avergonzarse. Hay millones a quienes les ocurre lo mismo. Usted parece haber visto mucho mundo...

-¡Psch! Regular. Soy periodista... -dijo aquello como si el tener semejante profesión confiriese carta de cosmopolismo de un modo automático-. Corresponsal de guerra.

-¡Ah, ya...! -la muchacha sonrió misteriosamente-. Por eso no le llama la atención el hecho de que Castor, o Alpha Geminorum, sean tres estrellas en lugar de una.

-Seis -corrigió el periodista-. Dentro de poco tendrá ocasión de ver las otras tres que faltan. Las tenemos al otro lado en estos momentos.

-¡Vaya! Lo ha visto todo, según parece...

Shelley venía confundiendo el tonillo irónico de la chica con una irrefrenable admiración. La modestia no era una de sus más sobresalientes cualidades.

-Casi. Acabo de llegar de unas cortas vacaciones en la Tierra, luego de haber estado seis meses en Pólux. Ya estuve antes aquí también... Me conozco al dedillo la llamada *Guerra de los Gemelos*.

-Ya veo, ya. ¿De modo que es periodista? ¿Gráfico?

-No. Hago crónicas para algunas cadenas de periódicos, pero mi tarea principal consiste en recopilar datos para escribir una Historia de las Guerras Estelares, en colaboración con algunos compañeros desplazados a otras partes. Soy lo que llamaríamos un *free-lance*.

-A veces se confunde esa denominación de *agente libre* con la de *soldado de fortuna*. ¿Cuál de las dos cosas es usted?

-¡Me pilló! -repuso Shelley sonriente-. ¡Caramba! Aquí hablando tanto

rato y aún no me he presentado: Tom Shelley, a sus órdenes.

El sobresalto de la muchacha fue perfectamente visible.

-¿Tom,.. Shelley? -se recuperó en el acto-. Sí, le he oído nombrar. Mi nombre, por si le interesa, es Sarah Watkins.

No dijo qué era lo que la había sacado de la Tierra, pero Shelley imaginó que vendría consignada a alguno de los cuerpos auxiliares del Ejército: Sanidad, Oficinas o cosa semejante.

Y él no era hombre que se quedara con una duda, si podía resolverla en el acto.

-¿Qué se le ha perdido por aquí?

-He venido a echar un vistazo -evadió ella con gracia.

-¿Turista? -inquirió Shelley guasonamente-. No parece que éste sea el lugar más adecuado para pasar unas vacaciones.

-Podríamos explicarlo así. Yo también quiero escribir una *Historia* como la suya, pero en pequeño.

-¿Viene preparada?

En aquel momento, un oficial se detuvo junto a ellos, sonriendo amistosamente.

-¡Preparaos, muchachos! ¡Dentro de diez minutos desembarcáis!

-Gracias, Percy -respondieron los dos a coro-. Ya estamos dispuestos.

Se quedaron mirándose los tres, asombrados de la perfecta sincronización de las voces, y luego se echaron a reir.

-Si algún día os quedáis sin trabajo, podréis formar un dúo de cantantes. Ni ensayándolo os habría salido tan perfecto.

Con aquellas palabras, el oficial se alejó. Los dos jóvenes echaron a andar tras él.

-¿Conoce al capitán Fulton?

-Ya lo ha visto -dijo la chica-. Le conocí hace bastantes años...

-Yo tengo la impresión de que me sigue a todas partes -comentó Shelley-. Siempre da la casualidad de que le destinan al sitio donde yo quiero ir.

Caminaron un corto trecho en silencio, hasta introducirse en el ascensor que los llevaría junto a las compuertas de desembarco. Allí, Tom recordó algo.

-Le he preguntado antes si iba documentada para lo que piensa hacer. Aunque es una rival en potencia, no me gustaría que se llevara demasiadas sorpresas.

-No se preocupe por mí. Buscaré.

-¿A ciegas? ¿Conoce algo del carácter de los castorianos?

-Llevo cartas de presentación para algunos.

-¡No se fíe! ¡Son capaces de traicionar a sus mismísimos padres por menos de nada!

-¿De veras? Yo tenía entendido algo muy distinto.

-La han engañado, pequeña. Hágale caso al tío Tom que...

Le interrumpió la argentina risa de Sarah Watkins. La muchacha reía tan a gusto que casi se le saltaban las lágrimas.

-¿De qué se ríe, si puede saberse? -preguntó él, algo amoscado.

-¡*Tío Tom*! ¡Es usted un poco blanco para llamarse así... y además le falta la cabaña! -comprendiendo que el otro tal vez se hubiera ofendido, aunque ella no veía en qué, se reprimió-. Perdóneme, pero me ha hecho muchísima gracia... Continúe, por favor.

-Ni me acuerdo ya de lo que quería decirle -replicó él, enfurruñado. Luego sonrió-: Bueno, aunque no lo crea usted, soy muy capaz de encajar una broma. Como le decía, he estudiado a fondo las causas del conflicto con Castor y Pólux. A primera vista, parece imposible que dos sistemas planetarios, separados entre sí por una distancia de diecisiete años-luz y sin que sus habitantes posean el secreto de la navegación interestelar, se hayan aliado contra la Tierra. Sin embargo, es bien sencillo: la culpa, indirectamente, la tenemos nosotros.

-¿Por qué?

-Fuimos demasiado blandos al permitirles entrar en una Federación en pie de igualdad con nosotros. Inmediatamente comenzó el intercambio de embajadores, representantes, delegados, etc., entre ellos, y ahora sufrimos las consecuencias. Son demasiado salvajes todavía, y hubiera sido preferible civilizarlos poco a poco.

-¿Usted cree que es eso?

-¡Naturalmente que sí! -replicó Shelley, ligeramente ofendido-. No quieren depender, ni siquiera nominalmente, de nadie. Sostienen que nuestra tutela es ofensiva, cuando lo único que hacemos es beneficiarlos. Y se comportan como las verdaderas bestias sin civilizar que son.

-Mis informes, por el contrario, eran que poseen, en cierto modo, unos sentimientos más humanitarios que los nuestros.

-La han engañado miserablemente, Sarah, créame. No son humanos, aunque lo aparentan. ¿Ha oído hablar de la matanza de Klabia? No, veo que no. Los castorianos aniquilaron en ella a cincuenta prisioneros, cuyo único delito había consistido en tener muy próximas las tropas que iban a liberarlos. Prefirieron hacer eso antes que consentir perderlos.

Sarah Watkins no contestó de momento. Estaba ocupada en ascender por una escalerilla hasta el transbordador que los conduciría a la superficie del planeta que tenían debajo. Pero los ojos le brillaban coléricos y tenía los labios apretados en un rictus amenazador.

Cuando se hubieron acomodado, junto con otras doscientas personas, en los asientos del aparato, se volvió sonriendo encantadoramente:

-Efectivamente, le veo muy bien informado, señor Shelley. ¿Leyó ese

relato en la prensa?

-No. Lo escribí yo mismo.

-¿También cuando el general Nahuk aplastó el hospital de Gaoum escribió usted la relación de lo ocurrido?

-Así es.

-En ese caso, creo que ya no tenemos más que hablar. Le compadezco.

El hombre se quedó como quien ve visiones. Sarah Watkins le volvió la espalda y fueron inútiles todas sus tentativas para reanudar la conversación.

* * *

Alumbrado por cuatro de los seis soles de distintos tamaños e intensidades que daban calor al sistema, el único planeta habitable de Castor ofrecía un espectáculo fascinante para quien, como Sarah Watkins, lo contemplara por vez primera. Los terrestres apenas podían resistir la luminosidad y, para amortiguarla algo, llevaban viseras de cristal semiopaco. El desierto donde tenían instalada su base era poco menos que inexpugnable, pues incluso los castorianos sentían un temor casi supersticioso a aventurarse por él, acostumbrados a las sombreadas selvas que cubrían la mayor parte de su mundo, amortiguando algo las radiaciones lumínicas.

Pero la muchacha tuvo poco tiempo para disfrutar de las desconcertantes variaciones de luz y sombra. Apenas desembarcados, cuando ni siquiera habían tenido tiempo de posesionarse de sus alojamientos, el capitán Fulton les comunicó que iba a salir de descubierta con su compañía.

-Esta es una buena oportunidad para que veáis sobre el terreno lo que ocurre por aquí -terminó-. Si queréis venir, tengo un vehículo a vuestra disposición.

-Yo voy -ofrecióse Shelley-. ¿Y usted, señorita Watkins?

-Desde luego. Quiero comprobar de visu todas las atrocidades que, según sus crónicas, cometen los castorianos.

-No es fácil que veamos muchos -sonrió Fulton-. Este sector del planeta está casi por completo bajo nuestro control.

-Bien -Sarah se encogió de hombros-. Veré el panorama.

Fulton los hizo subir al *tractor* que ocuparía él mismo. Era un vehículo perfectamente apropiado a un terreno tan abrupto como el que pensaban recorrer, que funcionaba mediante un nulificador de gravedad de poca potencia, pero capaz de elevarlo a unas docenas de metros sobre el suelo. Unos reactores, estratégicamente situados, lo impulsaban en cualquier dirección que se deseara.

El conductor era un cabo pequeñajo y de cara de hurón, que siempre tenía la retorcida sonrisa a flor de labios.

-Este es *Snakey* -presentó el oficial-. Tiene su nombre y apellidos

propios, pero está tan acostumbrado al apodo, que los ha olvidado.

-¡Hola, muchachos! -saludó el cabo, levantando el brazo en gesto amistoso-. ¿Les llevo al Astoria?

-No. Al Palace -replicó Shelley instantáneamente, siguiendo la broma-. La señorita Sarah Watkins... y yo.

Como es lógico, aquella presentación no aclaró más que la mitad de sus personalidades.

-Comprendo... -el cabo se rascó la cabeza, cubierta de algo que más que cabello parecía estopa-. ¿Y quién es yo, si puede saberse?

-El Gran Comendador de la Orden de la Pluma -explicó Sarah, zumbonamente-. El insigne y nunca bien ponderado corresponsal que pone a la Tierra al corriente de las iniquidades cometidas por los rebeldes de Castor y Pólux, y que, cual nuevo Catón, insiste en que el único medio para ponerles coto es la destrucción de sus planetas... dejando, naturalmente si es posible, a salvo sus riquezas para que nosotros podamos aprovecharnos tranquilamente de ellas, sin interferencia alguna. En fin, Snakey, ¿todavía no le ha identificado?

Los tres que escuchaban su indignada perorata lo hacían con expresiones totalmente distintas: Snakey, con la boca abierta por el asombro, apenas había captado un diez por ciento de lo que oyera; Percy Fulton, colorado al contener las carcajadas que pugnaban por escapársele viendo las caras de los demás y la rencorosa ironía con que Sarah intentaba describir a Shelley... acertando bastante. Y, por fin, el aludido, con los nudillos blancos por la tensión, asía con ambas manos la barra de apoyo que corría por delante de su asiento, dudando entre arrancarla para golpear con ella a la muchacha o proceder con las manos vacías para rodear con los dedos aquella suave garganta...

El cabo movió negativamente la cabeza, con aire atontado:

-¡El mejor, más verídico e imparcial periodista de todos los tiempos, cabo! ¡El intrépido Thomas Shelléy en persona!

-Pues, la verdad, señorita Watkins; sigue sin sonarme el nombre.

-¿Será posible? -fingió indignarse ella-. ¡Usted es analfabeto, cabo! Es increíble que haya leído algo interesante que no proceda de la pluma de este gran hombre que...

-¡Señorita *como-diablos-se-llame*, porque ya no me acuerdo ni de su nombre! -Shelley no hablaba en voz alta, pero se le veía tenso, dispuesto a cualquier barbaridad-. Ignoro qué crimen puedo haber cometido en su concepto, pero creo que se está pasando de la raya... ¿Tendría la amabilidad de decirme en qué la he herido... o se trata simplemente de que una novata como usted teme que un veterano le haga sombra en su trabajo? Porque, si es eso, descanse tranquila. No interferiré...

-Bueno, muchachos -medió Fulton-. Creo que los dos, por causas que

ignoro, estáis perdiendo un poco los estribos. Dejad las discusiones para otro rato y vámonos.

En medio de un adusto silencio terminaron de acomodarse, y cinco minutos después salían en dirección a una cadena montañosa apenas visible en la distancia.

La expedición estaba compuesta por diez vehículos semejantes, aunque un poco mayores, que el que conducía a los cronistas. Marchaban a buena velocidad y necesitaron muy poco tiempo para introducirse entre las primeras barrancas de la cordillera.

El terreno era volcánico, árido y seco, sin el menor rastro de vida por parte alguna. Sarah Watkins se convenció pronto de lo imposible que sería sobrevivir en un lugar como aquel: la temperatura debía ser insoportable allí sin protección alguna, y esto se hacía notar en el interior del vehículo, pese a la atmósfera acondicionada que disfrutaban.

La atormentada panorámica cesó repentinamente. En menos de quinientos metros parecieron entrar en un mundo distinto: un mundo de verdor, de lujuriante y apretada vegetación como era difícil pudieran encontrar en otra parte. La selva se alzaba imponente, con algunos árboles alcanzando alturas de doscientos metros y más sobre un terreno llano al parecer.

Percy Fulton dio la orden de alto.

-¿Por qué nos detenemos aquí, Percy? -preguntó Sarah.

-¿Tú ves forma de entrar ahí dentro? -inquirió él a su vez, con cierta ironía.

-No, desde luego; pero podemos pasar por encima...

-¿Y de qué nos va a servir? Esa selva se extiende durante más de mil kilómetros hasta el mar, y es tan densa que nos resultaría imposible explorarla desde el aire. El radar no es capaz de penetrar en ella más de cincuenta metros... o sea, menos de la mitad de su altura media. Ahora nos limitaremos a rodearla durante algunas horas y, por fin, regresaremos a la base.

-Así no hay manera de ganar la guerra, por lo que veo.

-No. No la hay -reconoció amargamente el capitán-. Nuestra única esperanza consiste en que alguna vez hagan caso a Tom.

-¿Tom... Shelley, quieres decir? -ante el gesto afirmativo de Fulton, inquirió-: ¿En qué le han de hacer caso?

-En su insistencia acerca de las atrocidades de los castorianos. Es la única forma en que se decidirán a enviarnos refuerzos en suficiente cantidad.

-¿También tú crees lo que escribe él?

-No se trata de que lo crea o no. Tengo prohibido opinar al respecto. Pero, sí ha de servir para nuestro objetivo...

-¡Comprendo! El fin justifica los medios, ¿no es así?

El oficial hizo un gesto ambiguo, que lo mismo podía significar asentimiento que lo contrario, y quedaron en silencio.

La patrulla marchaba rápidamente sobre la faja de terreno que podría llamarse *tierra de nadie*, entre la cadena montañosa estéril y la exuberante selva. No podía adivinarse el fin de semejante perspectiva, siempre igual e invariable.

-¿Está rodeada de montañas toda esta porción de jungla? -preguntó Sarah, mirando de reojo a Shelley, que no había pronunciado palabra desde que iniciaran la marcha. El hombre se limitaba a otear a través de la ventanilla, tomar algunas notas y, de vez en cuando, disparar su cámara fotográfica para mejor captar algunos detalles.

-No; pero nosotros no lo veremos cambiar hoy. Hemos de regresar a medianoche, según las órdenes que... ¡Cuidado!

El grito de advertencia llegó demasiado tarde, ya que en realidad fue proferido por Fulton cuando una llamarada azul estallaba en la misma proa del aparato, que se precipitó violentamente contra el suelo, cincuenta metros más abajo, al perder el apoyo de su nulificador delantero de gravedad.

CAPÍTULO II

Sarah se agarró instintivamente a lo primero que le vino a mano que, por casualidad, resultó ser el cuello de su vecino de asiento: Tom Shelley. El *tractor*, colgado únicamente de su nulificador de popa, bajó a buena velocidad y, al tomar contacto con tierra, dejó conmocionados durante unos segundos a todos sus ocupantes, aunque por fortuna no sufrieron daño alguno, salvo leves magulladuras.

En tanto, a su alrededor se había organizado una verdadera batalla. La batería de disruptores camuflada entre los primeros árboles de la selva, dio buena cuenta de otros tres aparatos terrestres antes de que éstos se hubieran repuesto lo suficiente de la sorpresa para replicar con sus propias armas. Y entonces surgieron por encima de la espesura una veintena de *tractores* castorianos, que se precipitaron sobre ellos como halcones, dispuestos a terminar con lo que dejaran sus cañones.

No quedaba más que una solución: la huida. Y eso mismo hicieron los cuatro aparatos terrícolas que se encontraban en situación de intentarlo. La batalla había durado cuestión de un par de minutos.

Tom Shelley fue el primero en surgir de la caja metálica en que se encontraban, arrastrando consigo a Sarah Watkins. Snakey y Fulton lo hacían segundos más tarde, y el capitán le gritó al periodista:

-¡Tom! Recoge un fusil y una pistola. Tenemos que defendernos de esa gente.

El joven regresó, obedeciendo la orden y, a continuación, los cuatro corrieron hacia la espesura. Era la única posibilidad de escapar que les quedaba antes de que la infantería castoriana se les echara encima.

Los tripulantes de las demás máquinas derribadas que se encontraban en situación de hacerlo, estaban imitándolos. Un grupo de siete hombres se reunió con ellos, y veían a otra veintena corriendo para converger en su dirección, un poco más allá.

-¡Deprisa! ¡Deprisa! -gritaba Fulton-. Hemos de llegar a la selva antes de que los tengamos demasiado cerca, o no lograremos despegárnoslos.

La espesura, que mientras volaban les había parecido estar al alcance de la mano, semejaba ahora remotísima.

Y de pronto, cuando ya creían estar a salvo, brotó delante mismo de ellos un grupo de castorianos con las armas empuñadas.

-¡A la derecha! -aulló el capitán, al tiempo que disparaba rápidamente desde la cintura.

El grupo se desvió en la dirección indicada, sin cesar de hacer fuego. Dos castorianos cayeron fulminados, mientras otro dejaba caer su fusil, con la mano derecha atacada de parálisis al recibir una fuerte descarga en ella. Un soldado terrestre se derrumbó casi al mismo tiempo.

Los castorianos, acometidos a la vez por sorpresa desde el flanco por el

grupo que había intentado establecer contacto con su capitán, se volvieron hacia allí, comprendiendo que por aquella parte estaba el mayor peligro para ellos. Los que acompañaban a Fulton pudieron alcanzar finalmente la seguridad de la espesura, y éste comenzó a ladrar órdenes con toda la rapidez que le permitían sus cuerdas vocales.

-¡Snakey! Tú quédate aquí con el señor Shelley y la señorita Watkins. ¡Los demás, seguidme!

Sin aguardar respuesta, dio media vuelta para arrojarse sobre los castorianos que estaban poniendo en un brete a los rezagados. Tom Shelley, luego de vacilar un segundo, se lanzó en su seguimiento.

-Yo no lo haría, señor Shelley -advirtió el cabo Snakey-. Se expone a que se me dispare el fusil... ¡y tenga en cuenta que está apuntado hacia usted!

El periodista se volvió, sorprendido y no poco indignado a la vez.

-¿Qué significa esto, cabo?

-Sencillamente, que el capitán ha dicho que le esperemos aquí. Y, en combate, sus órdenes son ley.

Rezongando por lo bajo, el periodista regresó. Sarah estaba intentando percatarse del funcionamiento del rifle que había recogido al caer muerto el soldado que recibió la primera descarga de los castorianos.

-¿Puede saberse por qué Fulton no permite que le acompañemos? -inquirió Shelley, todavía enfurruñado.

-No soy capaz de adivinarle el pensamiento -repuso el cabo-, pero yo diría que es porque ustedes son civiles y no les atañe esto para nada. El capitán es responsable de su seguridad en cierto modo... Permítame, señorita Watkins: si continúa tratando de forzar ese interruptor, lo único que logrará es suicidarse. El rifle se apunta como uno corriente, y para disparar no hay que hacer sino esto: fíjese en mí.

El cabo se arrodilló, apoyando un codo sobre una rama baja y, luego de apuntar durante una décima de segundo, hizo fuego. Un castoriano que se encontraba a más de trescientos metros cayó como si le hubieran clavado un puñal en la nuca, al mismo tiempo que el arma producía un leve chasquido.

-Visto así, parece fácil -comentó la muchacha-. Es usted un fantástico tirador, cabo.

-No lo crea -sonrió éste, levantándose-. Le había apuntado a ese alto que hay a cincuenta metros de él.

El encuentro se desarrollaba indeciso, y además no era el único. Una cincuentena de terrestres, aislados o en grupos, se debatían tratando de alcanzar la protección de la arboleda contra la oposición de un número seis veces mayor de castorianos que, a su vez, trataban de acorralarles, aislándolos de sus compañeros.

La primera embestida de la pequeña escuadra mandada por el capitán Fulton abrió una brecha en los atacantes que estaban entre ellos y los que pretendían rescatar. Pero su número era demasiado elevado para poder pasar entre ellos con facilidad. Los castorianos se revolvieron, arrojando una barrera de fuego que los contuvo efectivamente. Fulton se vio obligado a retroceder.

-Aquí no estamos bien -murmuró Snakey-. Dentro de poco estaremos en medio del fregado.

Comprendiendo lo acertado de sus palabras, los otros dos le siguieron un poco más adentro de la selva, pero no lo bastante para perder de vista el campo de batalla.

Los terrestres se defendían como diablos. Una pequeña escuadra había sido aniquilada, y sus atacantes se sumaron a los demás, pero el grupo en cuyo auxilio corriera Fulton había logrado unirse a otro, formando un sólido círculo de cerca de una treintena de hombres, que avanzaron en socorro de su capitán, que ahora se encontraba en situación verdaderamente apurada, con casi la mitad de sus efectivos inutilizados para el combate o muertos, mientras los castorianos iban corriéndose para ocupar posiciones entre ellos y la espesura.

Los dos grupos tomaron contacto. Se produjo una breve lucha cuerpo a cuerpo entre ellos y los castorianos que habían quedado cercados en medio, y por fin el capitán Fulton logró tener agrupadas todas sus fuerzas.

Sin entretenerse un segundo, ordenó un impetuoso avance en dirección al bosque. No ignoraba lo peligroso que podía ser aquello, puesto que adentrarse doscientos metros en él era lo mismo que quedar perdido y a merced de los castorianos, a mayor o menor plazo. Pero quizá con ello lograran el momentáneo respiro necesario para reorganizarse y esperar la llegada de refuerzos que, indudablemente, vendrían al tenerse noticia de la emboscada.

Los *tractores* enemigos se habían retirado de la escena de la lucha apenas su infantería entró en acción. En un combate de aquella especie apenas hubieran podido intervenir sin peligro de dañar tanto a propios como extraños con sus poderosas armas.

Tom Shelley y Sarah Watkins miraban fascinados el desarrollo de los acontecimientos. No tenían ojos más que para los combatientes, y hubo momentos en que el primero se habría arrojado sobre los castorianos si el sentido común no le hubiera dicho que era suicida semejante actitud.

Snakey, en cambio, sin perder de vista lo que ocurría frente a ellos, no descuidaba los flancos y la retaguardia. En cualquier momento podían llegar a sus cercanías refuerzos para los castorianos o bien que alguna patrulla pasara por sus proximidades al cambiar de posición. Por ello fue el único en advertir la presencia de una decena de guerrilleros enemigos a su

espalda, y la primera noticia de ello la tuvieron los otros dos cuando giró rápidamente, disparando al tiempo que lo hacía.

Quizá fuera cierto lo de su mala puntería, pero indudablemente no cabía negar que su primer disparo fue para el jefe del grupo... y que, pese a la precipitación, le dio de lleno.

Shelley se volvió tan enérgicamente que hizo caer a Sarah que estaba muy próxima a él. Esto le salvó posiblemente la vida a la muchacha, ya que una descarga pasó por el lugar que ocupara, haciendo brotar una columna de humo del tronco del árbol con que había estado protegiéndose.

El periodista hizo un disparo, y uno de los contrarios dio un grito de dolor al sentirse herido en una pierna.

-¡Rápido, no se entretengan! -aulló Snakey-. ¡Larguémonos de aquí!

Sarah se levantó, recogiendo su rifle al tiempo que gritaba indignada a Shelley:

-¡Ya podía tener más cuidado, mastodonte! ¡Por poco si me rompo la crisma!

-No lo he hecho adrede -replicó éste ácidamente-. Pero, por si le interesa, le diré que, sin querer, le he salvado la vida. Si no la derribo le habrían pegado un tiro.

Para entonces ya estaban corriendo, sin dejar de hacer fuego. Los castorianos no los persiguieron con mucha saña, puesto que su mayor interés estaba concentrado en el núcleo de los terrícolas cercados más allá. Sin más contratiempos consiguieron refugiarse en medio de un espeso matorral donde apenas eran audibles en la distancia las voces de los combatientes.

-Me parece que vamos a tener que arreglárnoslas nosotros solos -comentó Snakey extrayendo un paquete de cigarrillos. Ofreció uno a Shelley, quien aceptó sin pronunciar palabra; Sarah negó con la cabeza al llegarle el turno y los dos hombres encendieron.

Guardaron un rato de silencio, escuchando atentamente los rumores que se producían más allá.

-¿Por qué ha dicho eso? -preguntó la muchacha, por fin.

-¿El qué? -se extrañó el cabo. No recordaba ya sus últimas palabras.

-Que tendremos que solventar nosotros esta situación.

-Elemental, señorita Watkins...

-Llámeme Sarah. Creo que somos amigos.

-Gracias -Snakey chupó su cigarrillo pensativamente, viendo cómo el humo se disolvía entre las frondas por encima de sus cabezas-. Pues, como decía: aquí no podemos quedarnos, porque en cuanto acaben con los nuestros esto se va a poner imposible de tipos de ésos. Ni un milagro podría impedir que nos descubrieran.

-¿Y qué haremos, pues? -inquirió Shelley.

-Arriesgarnos a quedar perdidos aquí dentro, o... -miró significativamente al periodista- que nos cojan esos individuos. ¿Usted qué opina?

Sarah miró del uno al otro, ligeramente intrigada. Las palabras del cabo parecían encerrar algún significado oculto que ella no alcanzaba a descifrar.

Shelley alzó los hombros, aunque se había puesto levemente pálido.

-¿Qué voy a opinar? Usted es el jefe de la expedición, ¿no?

-Según cómo se mire... Pero creo que así es, aunque no queramos. Por tanto, mi decisión es que sigamos alejándonos un trecho, procurando hacerlo paralelamente al borde de la selva.

-¿Tan seguros están de que nuestros compañeros tienen la batalla perdida? -se indignó Sarah-. Yo tenía entendido que un terrestre valía por veinte castorianos.

El cabo se limitó a reir maliciosamente. Shelley enrojeció un poco, a punto de estallar, pero guardó silencio.

-En marcha.

Caminaron durante media hora. El denso y altísimo follaje que tenían sobre sus cabezas apenas dejaba entrar la suficiente luz de los cuatro soles que en estos momentos lucían sobre el firmamento del planeta para permitirles tantear su ruta. Por fin, Snakey se volvió hacia sus compañeros.

-Calculo que hemos recorrido un par de kilómetros. Mi opinión es que intentemos regresar a terreno descubierto.

Nadie respondió, por lo que el cabo dio un giro de cuarenta y cinco grados hacia la derecha sin interrumpir la marcha.

Pero tres horas más tarde continuaban tan envueltos de verdor como al principio. Snakey se volvió hacia sus compañeros tan sonriente como si fuera a anunciarles que acababan de llegar a casa.

-Estamos perdidos. Total e irremisiblemente perdidos.

-¿Qué hacemos, pues? -inquirió Sarah, como si la respuesta a su pregunta fuera a traerles la salvación por arte de magia.

-Resignarnos, hija. Resignarnos -repuso Shelley, dirigiéndose directamente a ella por primera vez desde que iniciaron la marcha.

* * *

El capitán Percy Fulton no estaba en aquellos momentos tan derrotado como le suponía el cabo Snakey. Viendo que la mayor masa de los castorianos se interponía entre él y la salvación, hizo lo único que cabía, dadas las circunstancias.

-¡Atrás! -ordenó con voz seca.

Perfectamente adiestrados, sus hombres dieron media vuelta y, despreciando a los enemigos que quedaban a sus espaldas, concentraron todo su fuego en los pocos que ocupaban el camino de las montañas.

En breves segundos dieron buena cuenta de ellos, dejando la ruta

despejada. El capitán ordenó que cargaran con los heridos, y el maltrecho grupo emprendió la retirada en dirección al terreno más libre de vegetación.

Forzosamente tenían que caminar despacio, por lo que Fulton retrocedió hasta la retaguardia para proteger la retirada, ordenando a un sargento que retuviera la marcha en lo posible. Su intención no era huir a donde los *tractores* de los castorianos pudieran cazarlos impunemente. El enemigo cayó en la celada al desplegarse rápidamente para cortarles el paso, debilitando con ello el núcleo de los que perseguían a los terrestres.

Apenas avanzados veinte metros alejándose de la selva, Fulton hizo girar de nuevo a sus hombres. Repitiendo la maniobra anterior se encontraron despejado el camino, y hacia allá se precipitaron todos, primero los heridos que habían quedado rezagados, y detrás el resto de la fuerza. Algunos castorianos lograron volver a interponerse en su ruta, solamente para ser barridos por las armas de los terrestres, que, al cabo de cinco minutos, se perdían en el espeso bosque.

Sin embargo, no resultaba tan fácil despegarse de los perseguidores. Los castorianos conocían a la perfección el terreno y se lanzaron como una bandada de sabuesos sobre la presa, logrando acorralarlos de nuevo.

-¿Qué hacemos ahora, capitán? -quiso saber el sargento Moore.

-Resistir mientras se pueda, sargento, ¿Conoce usted alguna otra solución?

-Ninguna, desde luego, señor. ¿Qué habrá sido del cabo Snakey y los periodistas?

-Sé lo mismo que usted. Lo único que puedo decirle es que no estaban donde los dejé.

-Quizá los hayan cogido.

-Tal vez, aunque Snakey es escurridizo como él solo. Yo más bien diría que en estos momentos están lejos de aquí... libres.

Callaron un momento para disparar sobre un grupo de enemigos que se habían aproximado más de lo conveniente para su salud.

-¿Cómo van los heridos, sargento?

-Mejorando, capitán. El único que tardará unos días en reponerse es Bauer: le han dado en el brazo, muy cerca del hombro, y apenas puede hablar. La descarga debe haberle afectado algo el cerebro. Los demás recuperarán el uso de brazos y piernas en cuestión de horas.

-¿Cuántos han muerto?

-No lo sé, exactamente. Creo que quedamos alrededor de treinta aquí. Hemos perdido seis *tractores* en total, o sea que podemos contar, por el momento, un cincuenta por ciento de bajas.

-No está mal... ni tampoco bien. Si llegaran pronto los refuerzos...

El sargento hizo una mueca, sin decir nada.

-Vigile los árboles, Moore. Estos castorianos trepan como monos por

ellos.

Fueron transcurriendo las horas. El enemigo no parecía tener gran interés en arrollarlos a juzgar por la poca energía puesta en el asedio. Sin embargo, a lo lejos podía escucharse ruido de maquinaria, y Moore comentó:

-Eso es lo que buscaban: nuestros aparatos.

-Natural. ¿Para qué les interesan más prisioneros de los imprescindibles? -repuso el capitán-. Darles comida, cuando ellos mismos no deben andar muy abundantes, no es una tarea atrayente. Y deberá reconocer, sargento, que no se portan tan mal como se dice: los prisioneros comen lo mismo que ellos. Todos pasan la misma hambre o disfrutan de igual abundancia. Sin embargo la maquinaria les es imprescindible, así como nuestras armas. ¿Con qué, si no, iban a seguir luchando?

La conversación se interrumpió nuevamente para repeler una nueva embestida de los castorianos. Fulton comenzaba a ponerse nervioso, pues si bien algunos de los que resultaran heridos al principio de la lucha podían ya utilizar las armas; otros iban cayendo; y los muertos no eran capaces de recuperarse...

-¿Cuándo diablos vendrán esos malditos refuerzos?

CAPÍTULO III

Según sus relojes, llevaban tres días perdidos en aquella interminable selva. Tres días de acuerdo con el ritmo a que el planeta giraba sobre su eje, pero durante ellos no habían conocido ni un segundo de total oscuridad nocturna. Siempre quedaba por encima del follaje alguno de los seis soles mitigando la penumbra.

-¿Nunca se hace de noche aquí? -preguntó Sarah, sin dirigirse en particular a ninguno de sus acompañantes.

-Alguna vez -informó Shelley. Las relaciones entre ellos se habían apaciguado un poco, lo suficiente para permitirles intercambiar algunas palabras de vez en cuando-. Si los tres soles exteriores coinciden al otro lado del centro del sistema hay una temporada en que cada trece horas aproximadamente se produce la total oscuridad. Pero esa conjunción se da sólo en períodos que pueden variar de los siete a los veinte años... y se prolonga, como máximo, durante un mes. Ahora tenemos para rato de día continuo.

-Menos mal. Por lo menos veremos donde ponemos los pies.

-¿No creen que ya es hora de hacer unas prácticas de tiro? -medió Snakey. En previsión de lo que pudiera ocurrir, los dos cronistas hacían unos cuantos disparos de entrenamiento a diario.

-Cuando quiera, cabo. Pero yo creo que no estamos en situación de desperdiciar las cargas -apuntó Sarah tímidamente.

Los otros dos rieron ante la ignorancia de que daba muestras la muchacha. Ella se los quedó mirando colérica.

-¿Puede saberse qué les ha hecho gracia a los señores?

-Habrá que darle una pequeña lección sobre el funcionamiento de las armas, Snakey -propuso Shelley.

-Sí. Eso creo yo. Verá usted, Sarah: estas armas no necesitan repuesto de munición, porque se recargan solas...

-¿Solas? ¿Del aire? ¡No me haga reír, Snakey! Ya soy mayorcita.

-Aunque no lo crea -el cabo tomó uno de los fusiles-. ¿Ve estas superficies sobre la culata? Son células semejantes a las fotoeléctricas, que captan energía de la luz que incide sobre ellas. En un día absorben la potencia necesaria para veinticinco disparos, aproximadamente. Por tanto, mientras no utilice más de esas veinticinco cargas, no tema que se le agote la munición... sobre todo teniendo en cuenta que en total es capaz de almacenar más de un millar de disparos de reserva.

-Nunca lo hubiera creído -murmuró la chica, levemente avergonzada por su ignorancia. No tuvo interés en hacer más preguntas por si volvían a reírse de ella.

Realizaron el cotidiano ejercicio de tiro y después se presentó de nuevo la cuestión con que tropezaban de continuo.

-¿Qué rumbo seguimos hoy?

-Cualquiera -opinó Snakey.

Tomaron, pues, por la dirección que primero se les ocurrió. Aquella selva pululaba de vida animal, casi con tanta abundancia como vegetal. En su mayoría, sus habitantes eran herbívoros, pequeños seres semejantes a los roedores terrestres. Cerca del mediodía Snakey mató una especie de antílope de reducido tamaño, valiéndose de su *afortunada* puntería para cazarlo cuando emprendía velocísima huida.

El problema de la alimentación no existía para ellos, puesto que disponían de abundancia de carne.

-¿Querría encargarse usted de asarlo, señor Shelley? -pidió el cabo-. Creo que este rifle no funciona debidamente.

-¿Qué le ocurre?

-Tengo la impresión de que no carga con normalidad.

-¿Podrá arreglarlo?

-Depende de lo que le ocurra.

Snakey, valiéndose de su cuchillo, desatornilló las células de la culata, dejando al descubierto una caja que casi ocupaba todo el hueco interior, envuelta por una red de complicadísimos alambres. Sarah le miraba hacer, maravillada de que hubiera alguien capaz de meter la mano en aquello sin armarse un lío insoluble.

El cabo cerró una pequeña llave que había a un lado de la caja.

-Esto es el acumulador de energía. Así resulta inofensivo. De lo contrario, me expongo a recibir una descarga capaz de convertirme en carbón -explicó a la muchacha.

Una vez tomada aquella precaución elemental, Snakey atacó indiscriminadamente las conducciones, cortando por aquí, empalmando rudamente por allá, eliminando cables de un lado para agregarlos en otro...

-¿Está usted seguro de que lo va a arreglar? -inquirió Sarah, viendo el destrozo.

-¡Seguro! -afirmó Snakey sonriendo-. Esto es más sencillo de lo que parece.

-Lo será para usted. Yo no me atrevería a tocarlo siquiera.

Por fin Snakey dio por terminada su tarea. Conectó nuevamente la caja-acumulador y colocó las células en su sitio.

-Ya está... creo. Haremos una prueba -apuntó a un pequeño pájaro que se había aproximado a curiosear y, luego de producirse el zumbido característico de aquella clase de armas, el pobre animalito cayó al suelo sin el menor estremecimiento-. Útil para el servicio.

Comieron con buen apetito y, luego de descansar brevemente, se reanudó la marcha.

El cabo se dirigió a Shelley:

-Mi opinión es, vistas las circunstancias, que podremos considerarnos afortunados si nos captura una patrulla castoriana.

Shelley, como siempre que se hablaba de esta posibilidad, palideció un poco; pero alzó los hombros:

-¿Tiene un cigarrillo, Snakey? -el otro le tendió el casi vacío paquete-. Gracias. Pues sí... creo que, mal que nos pese, ahí está nuestra única probabilidad, más o menos remota, de salvación.

Sarah miró del uno al otro, extrañada.

-Tengo la impresión de que están hablando en enigmas. ¿Puede saberse, si no es ningún secreto, por qué ese miedo a los castorianos? Según mis informes, no se comen a los prisioneros. Ustedes mismos decían, no hace mucho tiempo, que los tratan con todas las comodidades que tienen a su alcance.

El cabo miró a Shelley como pidiéndole permiso para algo. Este hizo un gesto resignado:

-Dígaselo, Snakey. Más pronto o más tarde lo tenía que saber.

Contando con aquella autorización, el hombre habló:

-El día que nos conocimos, yo no recordaba al señor Shelley. En efecto, no le había visto jamás con anterioridad, pues en la ocasión que estuvo aquí algún tiempo yo me encontraba en otra parte del planeta. Sin embargo había oído hablar mucho de él, y luego de recapacitar sobre lo mucho y nada agradable que dijo usted acerca de su persona, acabé por situarle. Se trata, sencillamente, de un hombre a quien los castorianos tienen, como quien dice, puesto precio a su cabeza. Ya tuvo que marcharse para dejar que se posara un poco la polvareda que causaron sus artículos acerca de la guerra... aunque en honor a la verdad he de reconocer que fue casi preciso que se le expulsara, pues él no temía a los castorianos. Ahora ha regresado, y aunque en circunstancias normales no sería así, se encuentra un poco intranquilo por lo que pueda ocurrirle si le capturan. Es lógico, creo yo: no será un prisionero vulgar y corriente, un prisionero del montón.

-Ya voy comprendiendo -musitó Sarah. Pero algo le hizo levantar la cabeza desafiadoramente-. ¡Pero la culpa es suya, y de nadie más! ¡Eso que hace él no es periodismo! ¡Debían prohibirle que escribiera nada, porque sus crónicas son una sarta de libelos, retorcimientos de la realidad para acomodarlos a su miope visión de las cosas, y...!

-¡Basta ya, señorita Watkins! -le interrumpió Shelley en voz baja, pero enérgica-. ¡Usted no sabe ni el uno por mil de lo que viene ocurriendo aquí en los casi diez años de guerra que llevamos!

Ella clavó en él los ojos, sonriendo curiosamente.

-Ni usted tampoco, señor Shelley; o mejor diría: lo sé mejor que usted, porque yo no siento apasionamiento alguno. Y escuche lo que le digo ahora, porque es muy importante: conozco muy bien sus motivos para

obrar así, y si yo estuviera tan ofuscada como usted, pensaría igual. Pero una vez más le digo que está equivocado, y que ésa es una manera muy... -vaciló, pero no encontrando otra palabra más suave, acabó por pronunciarla- ruin de buscar venganza a algo que no la merece por dos motivos: porque jamás se halla satisfacción en ella, y porque los culpables no son aquellos contra quienes usted dirige sus invectivas.

-¿Qué sabe usted? -inquirió Shelley despectivamente.

-Sé que, en tiempos, Tom Shelley fue, junto con su compañero Jonas Hocking, uno de los más ardientes defensores de la postura de Castor III.

-¿Y cómo pagaron nuestros desinteresados afanes este pueblo de salvajes? ¡Asesinando a Jonas y esforzándose hasta lo inconcebible por hacerme seguir su misma suerte!

-Usted está amargado, y el rencor le ciega, Tom. Recapacite un poco y comprenderá el error que está cometiendo.

La muchacha hablaba con una paciencia y humildad muy distintas de aquel arrebato del día en que se conocieron. Shelley no dejó de notarlo.

-¿Por qué me sermonea ahora, cuando antes parecía quererme ver colgado?

-Le conozco, cosa que no ocurría entonces, Tom. Usted no es mala persona. Pese a su enfado ha tenido detalles de delicadeza para conmigo... Y conozco sus antecedentes, tan bien como usted mismo.

-No comprendo su interés hasta ese extremo. ¿Qué puedo importarle yo?

La chica enrojeció un poco, temiendo que él interpretara mal su comportamiento.

-Usted ignora de mí todo cuanto yo no le haya dicho, ¿verdad?

-En efecto: sé que se llama Sarah Watkins y que está recopilando datos para escribir un libro acerca de lo que ocurre aquí. Nada más.

-Debo reconocer que le mentí. La primera parte no es cierta; la segunda sólo es verdad en parte. He venido a sustituir a Jonas Hocking.

-¿Usted? ¡No me haga reír!

-Me llamo Avril Hocking.

-¡Su hermana! -los dos hombres se quedaron mirándola asombrados.

-Sí, su hermana, y la hija del director de la agencia. He leído de primera mano todo cuanto los dos escribieron y tengo formada mi propia opinión; sus crónicas posteriores a la muerte de Jonas no me la han hecho variar.

-Yo sigo manteniendo el punto de vista que expresaba en ellas.

-Tal vez ustedes digan que me meto donde no me llaman -terció Snakey-, pero si me permiten expresar mi opinión...

-Por mí, puede hacerlo -dijo Avril Hocking inmediatamente.

-Y por mí -confirmó Shelley-. No me duelen prendas y estoy dispuesto a reconocer un error si se me convence de que estoy equivocado.

-No voy a explicar ninguna historia, señor Shelley; lo que quiero decir es cuestión de pocas palabras: creo que los dos están igualmente confundidos. Opino que un término medio entre las posturas de ambos definiría mejor las cosas.

-Un ejemplo aclararía... -comenzó Shelley.

El cabo no le dejó terminar. Echándose al suelo agarró a ambos jóvenes por los tobillos, haciéndoles perder el equilibrio. Instantáneamente disparó contra la espesura, a sus espaldas.

No hubo necesidad de que dijera nada: los castorianos estaban encima de ellos.

Tom Shelley y la muchacha abrieron fuego con sus armas, aunque no veían demasiado bien a sus perseguidores en medio de la densa selva que los rodeaba por todas partes. Era imposible decir si se trataba de una pequeña partida de cuatro o cinco, o de varios centenares de hombres; lo único cierto era que estaban completamente cercados y sin demasiadas esperanzas de salir de allí.

Esto se vio con toda claridad cuando empezaron a estallar sobre el follaje que tenían encima de sus cabezas los rápidos fogonazos de las armas enemigas. Avril se encogió cuando uno de ellos acertó a menos de veinte centímetros de su cabeza, y Shelley sintió una intolerable quemadura en la mano derecha, que le obligó a soltar su rifle.

-Tiene suerte -fue el único comentario de Snakey-. Dentro de unas horas estará bien.

-Pero de momento no puedo disparar -replicó el herido con acritud.

-Gajes de la guerra, señor Shelley. El único que nunca rompe platos es el que no toca la vajilla.

Aquellas armas que disparaban sin proyectil material alguno causaban unos efectos muy especiales. Su descarga eléctrica producía un vivísimo dolor que se disipaba instantáneamente, dejando como único recuerdo un entumecimiento que privaba del uso del miembro afectado por ella. Tan especial parálisis desaparecía al cabo de algunas horas. Sin embargo, si el disparo alcanzaba a la víctima en algún órgano vital podía incluso producir la muerte al interrumpirse el funcionamiento del corazón, el riego sanguíneo del cerebro o cualquier otra actividad necesaria en el metabolismo básico.

Durante diez minutos intercambiaron disparos con los castorianos sin que, al parecer, ninguno de los dos bandos alcanzara ventaja alguna sobre el otro.

De pronto surgió una voz de las profundidades de la masa de verdor que parecía amenazar con sepultarlos. Era una voz gutural que se esforzaba claramente en manejar con eficacia la *lingua franca* universal adoptada en todos los mundos donde la Tierra tenía alguna influencia; pese a ello el

portavoz no tenía demasiado éxito, aunque podían entenderle.

-¡Terrestres! ¿Me oís?

-¿Qué pasa? -inquirió Snakey; agregando, no sin cierta sorna-. ¿Vais a ofrecer rendiros?

El otro no debía tener muy desarrollado el sentido del humor, pues no le causó ninguna gracia la salida del cabo.

-¡Entregaos, terrestres! ¡No tenéis escapatoria!

-¡Ya lo sé, hombre! -replicó Snakey instantáneamente-. ¿Crees que soy tonto?

Volviéndose hacia Shelley y Avril, los consultó con la mirada.

-Yo no veo que tengamos otra solución que ésa o dejarnos matar -dijo el periodista a su muda pregunta. Si experimentaba temor alguno por su suerte en manos de los castorianos, no lo demostró.

La chica se limitó a alzar los hombros como indicando que lo que ellos decidieran le parecía bien.

-¿Qué contestáis, terrestres? -llegó de nuevo la ruda voz del que los intimara a la rendición.

-De acuerdo -replicó Snakey, poniéndose en pie, luego de depositar su rifle en el suelo-. Vosotros ganáis.

Sus compañeros le imitaron, y segundos después surgían de la selva hasta una docena de hombres. Era la primera vez que Avril Hocking tenía ocasión de examinarlos detenidamente y de cerca. En apariencia no diferían gran cosa de los terrestres, salvo en la estatura media, ligeramente inferior, y una desmesurada amplitud de los hombros. Su aspecto general era levemente simiesco; incluso andaban descalzos, y los dedos de sus pies parecían prensiles: no cabía la menor duda de que sus ascendientes no demasiado remotos, o incluso ellos mismos, tuvieron aficiones arbóreas.

Pero ello, saltaba a la vista, era debido más a las especiales condiciones de vida en su planeta que a retraso evolutivo de la raza. Los castorianos poseían, invariablemente, unos rostros expresivos e inteligentes, incluso hermosos en ocasiones, y nadie podía negarles que eran dueños de unas magníficas dotes de adaptación; ello les permitía asimilar las enseñanzas de los terrestres y considerarse sus iguales... excepto en un detalle: ninguno de ellos era capaz de inventar nada nuevo. Incluso las más elementales reparaciones mecánicas constituían para los castorianos un obstáculo insalvable. ¿Por qué esta extraña laguna en sus cerebros? Los más eminentes investigadores terráqueos se habían afanado en desentrañar el misterio, sin resultado alguno. Tal vez con el tiempo...

Los tres cautivos se vieron rodeados en breves segundos por los que les sorprendieran. Ni un gesto hostil o una simple mirada de resentimiento. Por el contrario, los seres aquellos se limitaron a recoger sus armas, invitándoles a que les siguieran, y sin aguardar respuesta se internaron en la

selva.

-Ahora es la ocasión de valerse de las recomendaciones que lleva, Sarah... digo, Avril -enmendó Shelley-. No acabo de acostumbrarme al nuevo nombre -agregó el muchacho.

-No son para el general Nahuk ni ninguno de sus subordinados -repuso la muchacha-, pero supongo que la persona a quien van dirigidas poseerá alguna influencia sobre él.

-¿Quién es el destinatario?

-El Coordinador Tahel.

-¿Tahel? Dudo que...

-No dude tanto, señor Shelley -medió Snakey-. Últimamente se han observado algunos indicios que apuntan en el sentido de que ambos están... en cierto modo, de acuerdo. Desde luego, nadie pone en tela de juicio que el Coordinador, como jefe supremo de Castor III reconocido por nuestro Gobierno, es leal a la Federación. Pero...

-Pero... ¿qué?

-No sé decirle con exactitud, ésa es la verdad. Sin embargo tengo entendido que hay cierta relación entre ellos, aunque esto no parece haber hecho apartar a Tahel de nuestro lado.

-Ya veremos. De lo que no tengo la menor duda es que nos envían al Cuartel General de Nahuk... y que yo me encuentro en un verdadero brete. Era mucho el interés que tenían en cazarme, y lo han conseguido.

La muchacha sintió que algo de la aprensión de que daba muestras Shelley se le contagiaba. Aún estaba convencida de que el periodista sufría un error con respecto a los castorianos, y que su fobia hacia ellos estaba fundada en la creencia de que asesinaron a su amigo... Jonas Hocking, qué daba la casualidad era hermano de ella. Avril ignoraba las circunstancias reales en que ello ocurrió, pero no podía compartir la opinión de Shelley, y sentía cierta lástima por él.

Sin embargo...

CAPÍTULO IV

Los refuerzos que esperaba el capitán Fulton llegaron a su debido tiempo, y los castorianos, sin ofrecer la menor resistencia a la liberación de los cercados, se esfumaron en la inmensidad de la selva apenas aquéllos hubieron descendido de los aparatos de transporte que los llevaran hasta allí.

Fulton se presentó al comandante de las tropas de socorro, haciéndole una sucinta relación de los acontecimientos. Luego se practicó una descubierta por los alrededores: lo único que pudieron hallar fueron los cuerpos de una veintena de terrestres.... muertos. Los heridos e ilesos que faltaban, así como las armas y equipos de todos ellos, se habían volatilizado.

-Al final van a lograr armarse tan bien como nosotros -comentó el mayor Pauling-. Nos tienden una emboscada, eligiendo ellos el terreno y la ocasión. Naturalmente siempre logran su objetivo, que es apoderarse de una cantidad de material. Luego desaparecen en la selva y ¡échales un galgo!

-A no ser porque acababan de llegar y se debe a una simple casualidad el hecho de que me hayan acompañado, yo diría que en esta ocasión buscaban dos capturas excepcionales, señor -aventuró Fulton.

-¿Dos capturas excepcionales? -repitió el mayor. Súbitamente alarmado preguntó-. ¿Llevaba, acaso, algún arma secreta en su expedición, capitán?

-No, señor -sonrió éste, levemente divertido ante la expresión de su superior-. Se trata de dos personas.

-¿Quiénes son? ¿Los han cogido?

-Se trata de Tom Shelley y una chica, Avril Hocking, hermana de aquel periodista amigo de Shelley, a quien mataron aquí: Jonas. ¿Le recuerda? ,

-Sí, en efecto. ¿Qué hacían con usted? -recordando algo, añadió-: ¿No se había marchado Shelley de aquí?

-Vinieron los dos esta mañana con la expedición que he traído yo, señor. Pero lo que no acabo de comprender es por qué la chica ha insistido en llamarse Sarah Watkins para Shelley.

-Tampoco yo, ni me importa de momento. ¿Se han hecho con ellos?

-Lo ignoro, señor. Al principio de la batalla los hice apartarse un poco, poniéndoles al cuidado del cabo Snakey: ya le conoce usted. Es hábil como él solo y pensé que a su lado estarían seguros. Pero lo cierto es que cuando me he retirado hacia el bosque, ya no se hallaban en el mismo lugar. Y no he vuelto a saber de ellos.

-Ha cometido usted un error, capitán -observó Pauling-. Desde luego que involuntario, no vaya a creer que le culpo de nada. Tal vea la falta sea mía, por no haberle informado.

-¿No puede decirme... ?

-Ahora, no -el mayor miró rápidamente en derredor. No había nadie al alcance de sus voces, pero era hombre precavido-. Bástele saber que si no los han cogido, a estas horas Snakey se encontrará pasando sus apuros con un dilema que no quisiera tener que solventar yo.

El capitán no preguntó más por el momento. Sin embargo, intranquilo por la suerte de sus tres amigos, pues el cabo también lo era pese a la diferencia de graduación, hubiera deseado lanzarse en su busca; no lo hizo porque sabía que aquello era lo mismo que tratar de hallar la clásica aguja en el pajar.

* * *

Haín estaba contento. Tanto él como sus compañeros Bethel y Linar habían adquirido nuevos equipos, y especialmente los fusiles eran del nuevo modelo, del que apenas contaban sus fuerzas con unos centenares de unidades. Eran muy apreciadas estas armas, pues su simplificado mecanismo las hacía menos propensas a averías que las antiguas.

Éste era el premio obtenido por su sagacidad en descubrir el rastro de los tres terrícolas a más de cuarenta kilómetros del lugar donde se desarrollara la batalla de unos días antes. Resultaba casi increíble que hubieran recorrido tanto espacio de selva en tan poco tiempo.

Además, uno de ellos era nada menos que el tan buscado Tom Shelley, que en tiempos fue amigo de los castorianos. Y la muchacha... ahí era nada: la hermana de Jonas Hocking, el periodista amigo de Shelley, que tan trágica muerte sufrió. Haín agitó la cabeza al recordarlo. Él estuvo presente...

El general Nahuk en persona había felicitado a Haín y sus compañeros... y luego les envió nuevamente a la selva. Haín no se resentía por el continuo batallar, aunque no le gustaba dar muerte a los terrestres. Pero era imprescindible, ya que contaban con bien pocos hombres y había que moverse: la mayoría de los castorianos, gente pacífica en general, simpatizaban con el movimiento, pero resultaban emocionalmente incapaces de empuñar las armas. Sólo unos pocos lograban, con gran esfuerzo, olvidar en parte la instintiva repulsión a dar muerte a semejantes suyos. Haín recordaba los primeros combates en que participó, cuando estuvo gravemente enfermo varios días, llegando a creer que los remordimientos acabarían matándole. Luego hizo más llevadero ya aquello por causa de la costumbre, pero siempre se sentía acometido de horribles visiones y pesadillas, acompañadas de fuertes náuseas, al tener que acabar con la vida de alguien... ¿Cuándo cesaría la desatinada matanza?

Haín encogió desalentadamente los amplios hombros y, seguido de su patrulla, se internó en la selva.

* * *

-¡Oye, Gaines! ¡Escucha esto!

El aludido levantó la cabeza, abandonando por un instante el montaje del micrófono ultrasensible en que había estado ocupado.

-¿Qué pasa?

-¡Acércate!

Gaines obedeció, poniéndose al lado de su compañero. Este dio el máximo volumen al receptor de radio que tenía enfrente, y el tornavoz siguió mudo salvo por un leve zumbido indicador de que funcionaba.

-¿Qué le ocurre a este trasto? -inquirió Gaines.

-Ocurrirle, no le ocurre nada, al menos que yo sepa. Lo tengo puesto en una frecuencia que no utilizamos por aquí. Pero atiende un momento y pon atención cuando yo levante el dedo.

El otro aguzó el oído, clavando los ojos en la mano de Addison. Este hizo por fin la seña convenida; pero Gaines, por más que se esforzara, no logró percibir otra cosa que un levísimo aumento en los zumbidos de fondo.

-No le veo nada de particular. ¿Qué esperas oír en una banda que no emplea nadie?

Addison le miró con cierto asombro, y levemente indignado.

-¡Hombre! ¿Qué quieres que haga, si ésa es, precisamente, la misión que tengo encomendada? ¿O es que piensas que los castorianos se comunican entre sí abiertamente, para que oigamos todos sus mensajes?

-Bien, de acuerdo -repuso el otro, un poco mosca-. Pero yo sigo sin saber qué es lo que has encontrado.

-¡Eres tonto! ¿No has oído una señal muy débil al hacerte yo la seña?

-Lo único que he escuchado es... bueno, no lo sé. Explícate ya de una vez.

-Atiende de nuevo. Quiero que me lo digas tú, por si yo sufriera un error.

Una vez más acercaron sus cabezas al aparato. En esta ocasión, Addison no advirtió nada a Gaines y éste permaneció largo rato escuchando. Dos o tres veces dio un vistazo a su reloj, y por fin se irguió.

-Cada veintitrés segundos, exactamente, se repite el zumbido -dijo-. No parecen ser palabras, o sílabas siquiera, y desde luego no se trata de nada que tenga parecido con cualquier idioma terrestre que yo conozca más o menos superficialmente, ni tampoco la lingua franca interplanetaria o castoriana. ¿Es eso?

-Eso mismo -repuso Gaines-. Pero, ¿cómo describirías tú eso, en caso de ser una señal? Por si no te has dado cuenta, te diré que siempre es exactamente igual.

-Espera un momento.

Gaines escuchó de nuevo, y por fin trazó unos signos sobre una hoja de papel.

-Para mí, suena así.

Addison miró lo que había escrito su compañero.

-Exactamente: tres puntos, tres rayas, tres puntos. ¿Lo vas viendo?

-Aunque ya no se utiliza, siguen enseñando el Morse en la escuela elemental de radio: equivale a las letras S.O.S.; es decir, la antigua llamada de socorro -dijo Gaines.

-Esa es la conclusión a que he llegado yo. Mi opinión es que debemos decírselo al coronel.

Gaines negó con la cabeza.

-Yo acudiría más bien al mayor Pauling, o quizá al capitán Fulton. Si no me equivocó, esa llamada procede del cabo Snakey.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó el otro vivamente.

-Porque hace algún tiempo le tuve fisgoneando por aquí durante unos meses. Aprendió bastantes cosas sobre la radio, y entre ellas recuerdo que me preguntó algo relacionado con la señal de S.O.S. Yo le hablé de lo erróneo de la antigua creencia de que se trataba de la frase inglesa *Save our souls* (Salvad nuestras almas), o de esta otra *Save our ship* (Salvad nuestro barco).

-¿No es así, acaso?

-¡No, hombre! ¡Qué va! Lo que ocurre, simplemente, es que esas letras son una de las combinaciones más sencillas del Morse. Y hay que tener en cuenta que el mensaje suele ser de urgencia.

Mientras hablaban habían salido del departamento de radio. Addison se detuvo indeciso.

-¿A quién se lo decimos, pues? Tú eres el jefe de nuestra sección. Decide.

-Al capitán Fulton.

Percy Fulton escuchó su explicación sin parpadear, e inmediatamente se puso en contacto con el mayor Pauling. Este no perdió el tiempo.

-¡Prepare su compañía, Fulton! -ordenó instantáneamente-. ¡Dígale a Brewer que esté dispuesto también con la suya! ¡Voy a consultar con el coronel, y, si nos concede su autorización, saldremos dentro de media hora! ¡Que se pongan a sus órdenes esos dos telegrafistas con los correspondientes equipos de localización de emisoras!

Aquella sección del cuartel general se vio súbitamente acometida de frenética actividad. El sargento Moore estuvo a punto de destrozar sus cuerdas vocales aullando órdenes, pero al término de la media hora fijada, las dos compañías estaban en disposición de emprender la marcha en un segundo.

El comandante Pauling en persona se acomodó en el vehículo del capitán Fulton.

-¡En marcha!

* * *

Tom Shelley y Avril Hocking fueron recibidos en el puesto de mando del general Nahuk como si se tratara de personajes de relevante importancia. Naturalmente, el cabo Snakey, al acompañarles, había adquirido, de forma provisional al menos, una categoría pareja a la de los dos jóvenes.

El propio jefe de los insurrectos castorianos los recibió en su despacho. Y la sonrisa que lucía al mirar a Shelley no podía decirse que fuera la de quien se dispone a solazar su espíritu descuartizando a un odiado enemigo.

Siguiendo la costumbre terrestre adoptada por los castorianos, tendió la mano hacia él.

-Hace tiempo que no nos veíamos, Tom. ¿Cómo sigues?

-Bien... por ahora, como ves, Nahuk -replicó éste secamente, ignorando la mano que se le ofrecía.

El castoriano pareció levemente decepcionado, pero no lo demostró con exceso. Volviéndose hacia la muchacha prosiguió:

-¿Y usted, señorita Hocking? Son pocas las palabras para decirle lo mucho que sentí lo de su hermano. Era un gran amigo.

Algo en su acento convenció a Avril de que era sincero.

-Gracias, general. Jonas nos habló mucho de usted en sus cartas... al margen de lo que publicaban en sus artículos.

-Supongo echaría pestes, ¿no? -sonrió el otro.

-Bien sabe usted que no. Le apreciaba de veras... ¿Podría decirme cómo... cómo ocurrió... aquello? Las versiones que han llegado hasta mí son más bien...

-Parciales, estoy seguro -dijo el general, terminando la frase. Giró nuevamente hacia Shelley-. Tuyas, Tom. Pero no te guardo rencor, pues comprendo.

-¿Qué vas a hacer conmigo, Nahuk? -inquirió el periodista-. ¿Qué clase de tormento me destinas?

-Uno muy cruel: demostrarte que estás equivocado.

-¿Para eso me has buscado con tanto interés todo este tiempo? -no podía negar que estaba profundamente asombrado.

-Únicamente para eso. El Coordinador Tahel quiso hablar contigo; no lo consiguió. Desde... aquello... has eludido todo contacto con nosotros. Habíamos llegado a pensar seriamente en secuestrarte, pero te fuiste a Pólux. ¿Cómo van las cosas por allí?

-Comprenderás que no te lo voy a decir, Nahuk. No lo haría ni aunque fuéramos amigos como antes... que no lo somos. No me fío de ti.

-No nos conoces a los castorianos -se veía dolorido al joven general. Pero era paciente y comprensivo también-. Espero que de esta conversación... o sucesivas, acabes por convencerte. Incluso estoy

dispuesto a hacer venir a Tahel.

-Ya sé que estáis de acuerdo.

-A medias solamente -sonrió el otro-. Lo estamos en el fin a lograr, pero no en los procedimientos. Yo soy, digamos, un poco más radical. O tal vez impaciente.

Salió de detrás de la mesa, dirigiéndose a una puertecilla que se abría a un lado de la estancia excavada en la roca, como toda la fortaleza.

-Este lugar es demasiado formal. Venid conmigo, por favor.

Le siguieron a un departamento de apariencia más íntima. Estaba amueblado con el gusto de un lujoso hogar terrestre, y no faltaba detalle en él. Incluso en un rincón podía verse un pequeño bar.

-Acomodaos -el general se acercó al bar, trayendo copas y varias botellas-. Es de lo mejor que hemos podido conseguir. Servíos lo que gustéis. No está envenenado, Tom. Te lo garantizo.

-No habéis desmerecido tanto en mi concepto como para suponer que ahora obsequiáis a vuestros huéspedes con un *Mickey Finn*.

-¿Un *Mickey Finn*? ¿Qué es eso? -se extrañó el general.

-Una bebida drogada, en el antiguo argot de los bajos fondos norteamericanos, en la Tierra -aclaró Avril Hocking-. Pero creo que estamos divagando demasiado, general. ¿Por qué no vamos al grano?

-Muy bien -repuso éste, tendiendo las manos con las palmas hacia arriba, como para demostrar que no ocultaba nada-. Pregunten ustedes. Yo contestaré.

Adicto a las costumbres terrestres, Nahuk tomó un cigarrillo de la caja que había sobre la pequeña mesita a cuyo alrededor se sentaban y, arrellanándose en la butaca, cruzó una pierna sobre la otra.

Los dos periodistas se miraron entre sí, como consultándose quién sería el portavoz. Snakey se limitaba a mirar al trasluz la copa que tenía entre los dedos, llevándola de vez en cuando a sus labios en alternado movimiento con el cigarrillo que sostenía con la otra mano.

-Hable usted, Avril -ofreció Shelley-. Las damas tienen prioridad.

-Gracias -miró cara a cara a Nahuk-. ¿Cómo murió, exactamente, mi hermano?

-Lo mató Colvin.

Shelley lanzó una fenomenal carcajada. La muchacha miró incrédulamente a quien hiciera tan extraordinaria afirmación, y Nahuk permaneció impasible como si ya esperara ambas reacciones.

El cabo Snakey no movió un solo músculo de su cuerpo, como si aquella respuesta no fuera nueva para él.

-No esperarás que creamos eso, ¿verdad, Nahuk? -preguntó Shelley.

-No. No lo esperaba. Pero si no creéis que vuestro gobernador general en Castor III es un simple asesino, me va a ser difícil a mí convenceros de

ello. Únicamente cuento con mi palabra y la de mis compatriotas que lo presenciaron.

-¡Pero eso es fantástico, general! -protestó Avril-. ¿Qué interés podría tener el señor Colvin en matar a un simple periodista que no le perjudicaba en nada?

-Conocía sus manejos. Su doble juego. Jonas estuvo presente en una entrevista que mantuvimos Colvin y yo; llegué a ofrecer entregarme con tal de evitar que siguiera derramándose sangre. Pero, pese a que mis condiciones eran mínimas, él se negó a aceptarlas. Su único interés está en reducirnos a un pueblo de esclavos, de bestias sin dignidad, únicamente aptas para morir por agotamiento. Su ambición no conoce límites y dejó escapar en aquella conversación cosas que no le hubiera convenido saliesen a luz ni bajo la forma de suposiciones. Por tanto, mató a quien podía ponerle al descubierto, ya que los castorianos no contamos para nada cuando se trata de comparar la palabra de un general insurrecto contra la del Delegado del Gobierno Federal en Castor.

Tom Shelley, aunque aferrado a sus convicciones todavía, recordó cosas sabidas en tiempos de su asociación con Jonas Hocking. Parecían encajar, pero... ¡era imposible!

-Veo que no crees lo que te he dicho, Tom. Está bien -Nahuk se mostraba pesaroso, pero no resentido-. Tal vez algún día te convenzas de que eso es la verdad. Yo únicamente ruego por que entonces no sea demasiado tarde.

El joven pareció salir de un sueño. Un sueño formado de recuerdos...

-Quizá, de haber acudido cuando me llamaste a raíz de la muerte de Jonas, te habría sido posible convencerme, Nahuk. Ahora, aun reconociendo que he venido predispuesto en contra tuya, no puedo creerte.

-No pienso insistir, Tom. ¿Qué otra cosa queréis saber?

-Se han dado dos casos lamentables que tuvieron mucha repercusión últimamente, general -dijo la muchacha-. Quisiera su versión sobre ellos que, supongo, diferirá de la que dio Tom Shelley de acuerdo con las informaciones facilitadas a la prensa por las autoridades. .

-Creo saber a qué se refiere: la matanza de cincuenta prisioneros cuando iban a ser liberados y, a los pocos días, la aniquilación de un hospital de campaña. Ambas hazañas están cargadas en mi cuenta personal, según tengo entendido.

-En efecto, de eso se trata.

-Las explicaciones son bien sencillas: en lo primero no tuve intervención alguna. En cuanto a lo del hospital, reconozco mi responsabilidad, pero no me considero culpable pues fui obligado a ello por una treta indigna de nadie que se titule a sí mismo ser humano.

-Explique lo de los prisioneros, por favor.

-Muy pocas palabras bastarán: yo tenía un campamento en una zona montañosa de la selva. Fue descubierto y los terrestres lo atacaron. Fue iniciado un bombardeo y yo, arriesgándome a que fuera descubierta la posición de mi emisora, advertí que en determinado punto, cuya ubicación facilitaba exactamente, había cincuenta prisioneros. Pero algún oficial, cuyo nombre no me he preocupado en averiguar, dándoselas de inteligente, sospechó que yo tuviera allí un almacén de municiones o cosa semejante. Dos minutos después de mi mensaje fue directamente bombardeado el lugar. Es claro que descubrieron su error al retirarme yo, pero, ¿qué otro remedio les quedaba sino cargarme a mí con las responsabilidades? Era lo más sencillo.

»En cuanto a lo del hospital, fue consecuencia de la misma operación. Yo me retiraba con bastantes fuerzas aún, y al llegar al lugar donde estaba emplazado, que yo ignoraba, solicité me fuera permitido el paso. Era mi única salida disponible y se negaron a facilitármela, atacándome. Fue un golpe bajo, pues los terrestres no ignoráis que entre nuestros defectos no se encuentra el de la crueldad, y quien me hizo frente esperó que yo consintiera en ser aniquilado antes que abrir fuego contra personas indefensas. Amargado por lo ocurrido anteriormente, me cegué y di orden de pasar por encima del obstáculo. Jamás olvidaré aquella orden, que no sería capaz de repetir nuevamente, pero así ocurrió.

Se produjo un largo silencio, e incluso Tom Shelley comenzó a vacilar en sus anteriores convicciones. Pero era testarudo y lo demostró ahora.

-No te creo, Nahuk. Es mucho más plausible y sencilla la versión que se me facilitó a mí.

El general abrió los brazos en gesto de impotencia.

-No puedo hacer más, Tom. Tampoco te ofrezco traer a Tahel, porque no le creerías. Es una verdadera lástima, pero, repito una vez más, la culpa no es tuya sino de las circunstancias. ¿Cuándo pensáis marcharos?

Ahora sí que se asombró Shelley de verdad.

-Pero... ¿nos das la libertad?

-¡Naturalmente! No os expulso. La señorita Hocking y tú sois libres de quedaros aquí el tiempo que deseéis o volver de nuevo cuando lo creáis oportuno. Para ello no tenéis sino que poneros en contacto con Tahel.

-Yo preferiría quedarme algunos días, general -pidió la muchacha-. ¿Tengo autorización para hacer preguntas a sus hombres?

-La tiene, sin límite alguno, al igual que Tom. Lo único que pienso prohibir se les informe es la situación de este lugar, el número de nuestros hombres o el armamento de que disponemos y algunas otras cosas, por simples razones de seguridad. Lo comprende, ¿no es así?

-Efectivamente, lo comprendo y procuraré no molestar demasiado.

-La hermana de Jonas Hocking no me molesta jamás. Yo mismo, en

persona, estaré a su disposición para cualquier pregunta que deseen hacerme. Y, cuando quieran marcharse, les serán facilitados guías.

Poniéndose en pie, Nahuk saludó con una inclinación de cabeza, reintegrándose a su despacho.

Un ordenanza asomó por otra puerta.

-Cuando deseen salir, háganlo, por favor, por este lado. Se me ha designado para servirles durante su estancia aquí.

CAPÍTULO V

-Nos exponemos a un disgusto, mayor -objetó el capitán Fulton al recibir de Pauling la orden de seguir adelante.

-Es posible -sonrió éste-. Pero ésta es una oportunidad que se nos presenta raramente, y hemos de aprovecharla.

Se hallaban a más de cien kilómetros en el interior de la selva, volando por encima de los imponentes árboles. Addison y Gaines iban indicando la ruta a seguir por medio de sus radiogoniómetros.

Una hora después les llegó un mensaje del *tractor* donde iban los encargados del radar.

-A veinte kilómetros, límite de los detectores a esta altura, se capta la presencia de un *tractor*. Está en línea recta con nuestra dirección de marcha.

-¿Uno sólo? -se asombró Pauling-. ¿Están ustedes seguros?

-Por completo, mayor.

-Menguada presa, para tan completo despliegue de fuerzas.

Fulton no dijo nada, pero estaba convencido de que los castorianos estaban tan al corriente de sus movimientos como ellos mismos. De un momento a otro esperaba ver surgir de las copas de los árboles una escuadra de tal vez centenares de máquinas que los aniquilarían en un santiamén.

Y, como si aquel pensamiento hubiera sido un conjuro, en el momento en que parecían tener al alcance de su mano aquella solitaria máquina que marchaba a muy poca velocidad como si estuviera esperándoles, se vieron rodeados por un grupo de *tractores* castorianos.

Brotaron súbitamente, como materializándose en el aire, e instantáneamente se arrojaron sobre los terrestres como una jauría de perros de presa, disparando por todas sus bocas de fuego. Pauling, impávido como si hubiera estado esperando aquello, ordenó el agrupamiento de sus fuerzas para presentar un frente unido al enemigo. No era fácil contar el número de los atacantes, que se movían a toda velocidad de un lado a otro, buscando puntos débiles por donde infiltrarse, pero Fulton calculó que no serían menos de cincuenta. Como mínimo doblaban en número a los terrestres.

-Estamos perdidos -pensó al tiempo que apuntaba rápidamente con el cañón de proa, derribando a uno de aquellos aparatos que se había acercado demasiado para su bien.

La tropa de Pauling no escapaba indemne tampoco. Tres de sus máquinas se habían precipitado sobre el bosque en los primeros segundos del encuentro. Los castorianos evolucionaban a su alrededor presentando difíciles blancos, en tanto que ellos debían permanecer poco menos que inmóviles para mantenerse agrupados, y ello no dejaba de ser una desventaja.

Pero de pronto comenzaron a producirse vivísimos chispazos entre los aparatos castorianos, que instantáneamente dejaron de atacar para darse a la huida, no sin dejar casi la mitad de sus efectivos totalmente desintegrados sobre el campo de batalla. Los demoledores de los cazas terrestres que se lanzaban sobre ellos desde las alturas, poniendo a prueba su eficacia cuando tenían bien a la vista al enemigo, eran algo contra lo que ellos no podían defenderse. La trampa se había vuelto en contra suya.

Y entonces llegó el momento de la persecución. No era lo mismo escabullirse luego de dejar quebrantado al enemigo que huir con todas las desventajas. Los castorianos buscaron el refugio de la espesura según tenían por costumbre; pero allí no podían sacar a sus máquinas toda la velocidad, y los terrestres les persiguieron con los *tractores* mientras los cazas trazaban amplios círculos sobre la selva, impidiendo que emergieran cuando habían logrado desprenderse del enemigo que les acosaba por debajo.

Poco a poco, los indígenas fueron cayendo y únicamente dos o tres de sus aparatos lograron inmovilizarse en el suelo, a cubierto de los rayos detectores enemigos. Pauling dio la orden de regresar a la Base.

-¿Y los prisioneros, comandante? -inquirió Fulton, preocupado- ¿Habrán muerto?

-No creo. Es difícil concebir que los llevaran consigo al emprender una operación bélica.

-¿Cómo se explica, pues, que la señal que hemos estado siguiendo nos condujera hasta aquí?

Pauling se encogió de hombros.

-Es algo que está más allá de mi conocimiento, capitán. Lo más seguro es que los telegrafistas no hayan acertado en su suposición de que era obra de Snakey.

-Pero usted me dijo...

-¡Sí, le dije, y vuelvo a decírselo! Esperábamos una cosa así del cabo; pero no ésa, concretamente. Es un error que hemos cometido todos. Snakey dará señales de vida... si la conserva. El apodo que luce no se le aplicó en vano, como usted sabe bien.

-Sí... *Snakey*: reptante, resbaladizo. Yo también confío en él, pero tengo mis dudas de que salga con bien de ésta.

* * *

A aquella misma hora el objeto de la conversación estaba tranquilamente reunido con sus compañeros de cautiverio semivoluntario, explicándoles la forma en que llegó a encontrarse en la actual situación.

-Tengo el destino del preso. Mi mala suerte me llevó ante un Tribunal que me planteó la alternativa: diez años en la penitenciaría de Alpha Centaurii o cinco de servicio militar. Opté por lo más corto.

-¿Qué motivos los impulsaron a sentenciarle a una pena tan severa? -preguntó Avril Hocking, con los azules ojos sumamente abiertos por la curiosidad.

-Simples indicios -sonrió maliciosamente el penado-. Pero los jueces la tomaron conmigo y, claro: aquí me tiene. Resulta que un desconocido se llevó descuidadamente dos millones de créditos del *Moon City Bank*. Yo me encontraba veraneando en un hotel de las cercanías, y la policía descubrió la totalidad del dinero en mi habitación.

-Posiblemente el ladrón, en su huida, lo ocultó allí -dijo la muchacha inocentemente.

-Quizá. Pero es algo extraordinario. Según dije a la policía, yo no había salido del hotel desde antes de cometerse el robo, y era imposible que nadie hubiera entrado en mi habitación, que estaba cerrada por dentro. Sin embargo, hubo un botones que manifestó haberme visto escabullirme por la salida de servicio, y regresar por el mismo camino. Debía estar en combinación con el que robó el dinero...

-¡Ah, comprendo! -Avril acabó de captar la ironía con que hablaba Snakey. Rió alegremente-. ¡Y, claro! Por esos indicios sin importancia ataron cabos, llegando a una conclusión...

-Ayudó mi fama anterior. En esta vida se me ha calumniado mucho. ¡Soy un pobre incomprendido! -seguía sonriendo-. Alguien tuvo el capricho de decir que yo me dedicaba a la poco honrada profesión de *rata de hotel*. Pero es un infundio, ya que nunca me cogieron con las manos en la masa... La mala suerte me ha traído aquí, pues siempre se me pegaba algo de masa en las manos.

-Le compadezco, Snakey -observó Shelley muy seriamente-. Y no dude que, cuando nos veamos libres de esto, emprenderé una campaña periodística para dejar su buen nombre libre de toda mancha.

-Gracias, señor Shelley. Se lo agradeceré. El producto de mi primer trabajo irá a parar íntegro a sus manos, si lo consigue.

-¡No, por favor! -fingió horrorizarse el periodista-. ¡Me tomarían por cómplice suyo!

-No ha terminado de contarnos su historia en Castor III -insinuó Avril.

-Pues nada, que mi fama me precedió. El mayor Pauling se ha empeñado en que haga trabajitos para él... honrados, desde luego, no vayan a creer.

-¿En qué consisten? -inquirió Shelley, intrigado.

-Secreto de servicio. Cuando me licencien le brindaré la historia completa.

No pudieron arrancarle una palabra más. Shelley, intranquilo pese a sí mismo por la aparente sinceridad de Nahuk en su entrevista de pocos días antes, se dedicó a recapacitar sobre lo ocurrido desde que él llegara por vez

primera a Castor.

-¿Qué opina usted de lo que nos contó Nahuk el otro día? -preguntó finalmente al pequeño cabo.

Éste exhibió los dientes en una sonrisa ratonil.

-¿Es para la prensa... o particularmente para usted?

-Como quiera tomarlo. Si no desea que sus palabras sean publicadas, no las escribiré. En realidad trato de aclarar la confusión que reina en mi mente -terminó con toda sinceridad.

Avril le miró con atención, irguiéndose ligeramente en su asiento.

-Mi opinión particular es que Nahuk le dijo la verdad -el cabo lanzó la bomba sin darle importancia alguna-. Usted sabe lo que se murmura entre la tropa; muchas de las cosas que se dicen no son ciertas o resultan contradictorias con otras. Pero, en este caso concreto, los rumores son insistentes: la culpa de la iniciación del conflicto y del mucho tiempo que lleva prolongándose es exclusivamente del gobernador Colvin. Los soldados han hablado muchas veces con prisioneros castorianos, cosa que no ocurre con la alta oficialidad ya que, inmediatamente de capturados, se les pasa a la jurisdicción del gobernador. Además hay un par de generales y dos o tres coroneles, que están de su lado también. Entre todos manejan las cosas de forma que todo lo malo que ocurre en esta guerra se lo cargan en cuenta a Nahuk.

-¡Motivos quiero yo! -insistió el periodista-. Nadie hace el mal por puro capricho.

Avril se le encaró, indignada por su falta de visión.

-¿Qué motivos han impulsado siempre al hombre? Únicamente dos, que pueden descomponerse en matices, pero siempre dan el mismo resultado: egoísmo, ansias de poder, sed de riquezas, por una parte y solidaridad para con los demás por la otra. Castor, al igual que Pólux, poseen todos los requisitos necesarios para excitar al primero de esos dos móviles: dos mundos vírgenes, casi sin explotar, y poblados por seres inteligentes pero que reconocen nuestra superioridad. Colvin aquí, de acuerdo con Mendel en Pólux, han cometido toda clase de tropelías, usando y abusando de esa superioridad. Los nativos, seres humanos al fin, se rebelaron ante tal cúmulo de vejaciones; y tú, Tom Shelley, junto con tu compañero Jonas Hocking, os negasteis a verlo porque en vuestras mentalidades no cabía semejante proceder. En aquel entonces creíais, simplemente, que se trataba de una simple cuestión de desear sacudirse el yugo terrestre por un anhelo muy humano de lograr la completa independencia: es algo que muy a menudo ocurrió en la Tierra. Lo alentasteis por simpatía personal, y porque era lo que hubierais hecho vosotros en el mismo caso; pero los castorianos son demasiado inteligentes para no comprender que la ruptura con la Tierra los llevaría de retroceso a la antigua vida, ya que ellos son incapaces de

mejorar por sí a causa de esa imposibilidad creadora de que adolecen. Se trataba de una simple protesta por los malos tratos recibidos, y vosotros, cuando os explicaban sus motivos, os limitabais a reír no creyéndolo. ¿Acierto?

-Por completo -reconoció Shelley, convencido-. Has logrado lo que no consiguió Nahuk en dos años, ni tampoco en nuestra entrevista última. Sin embargo me cuesta creer una cosa así de Colvin. Permíteme el beneficio de la duda.

-¿Y por qué no buscar la verdad, señor Shelley? -insinuó el cabo.

-Lo haré; pero es difícil. Un paso en falso me pondría en desgracia con Colvin y, con ello, la expulsión definitiva de aquí.

-¿Y vas a esperar a que el gobernador te proporcione graciosamente las pruebas? -se mofó la muchacha-. Tienes para rato. Él callará por la cuenta que le tiene; los castorianos son parte en la cuestión y no puedes dar crédito a todo cuanto te digan, porque así lo has hecho ya con anterioridad a estar predispuesto en su contra; y los militares que están aliados con Colvin tienen en su puño al ejército, obligándole a cerrar la boca y negándole la información necesaria para tener ninguna certeza en la cuestión. ¿Dónde piensas buscar?

-Es cierto -reconoció él-. ¿Qué hacer, pues?

Era un buen dilema el que enfrentaban. Snakey se irguió en su asiento.

-¿Creen que el general me atenderá si le propongo algo?

-¿Qué clase de propuesta?

-Pienso desertar y unirme a sus fuerzas.

* * *

El estatuto de la ciudad de Hanepo, Castor City para los terrícolas, era algo extraordinario. Ambos bandos respetaban el tácito acuerdo de considerarla ciudad abierta, no ocupada por ninguno de ellos, y en su interior reinaba la más absoluta paz. Castorianos y terrestres vivían allí con la máxima armonía; el Coordinador Tahel y el gobernador general Colvin tenían en ella sus residencias oficiales. Nadie ignoraba que los insurrectos solían penetrar subrepticiamente en la población, y que los espías de las dos facciones trabajaban con afán de hormigas allí para descubrir algo que beneficiara a los propios de cada cual; pero no se producían disturbios y a todo el mundo le interesaba aquella ambigua, pero cómoda, situación.

Por eso a nadie le llamó la atención el hecho de que Tom Shelley y Avril Hocking aparecieran misteriosamente cierto día en la ciudad, para dirigirse desde allí, por medio de los habituales medios de transporte, al cuartel general del Ejército terrestre.

El mayor Pauling y el capitán los estaban esperando cuando se apearon del vehículo aéreo en la pista de llegada.

-¡Ya nos han cogido, Tom! -murmuró la muchacha, viendo que los dos

hombres se les aproximaban.

-Tú recuerda bien lo que hemos hablado. En lo demás puedes explicarte tranquilamente, pues bien poco sabemos que pueda perjudicar a Nahuk. ¡Hola, mayor! -saludó, agitando el brazo.

-Acompañadnos a mi despacho -dijo el militar secamente. Fulton estrechó las manos de ambos sin pronunciar palabra.

Los dos jóvenes quedaron levemente retrasados, y Shelley comentó en voz baja:

-Debemos ser unos personajes importantes. Todo el mundo tiene interés en entrevistarse con nosotros.

-El mundo al revés -sonrió ella-. Lo más lógico sería lo contrario, ¿o has olvidado nuestra profesión?

Penetraron en el edificio del Estado Mayor, y poco después llegaban a la oficina de Pauling. Se le veía impaciente, y apenas se hubo cerrado la puerta a espaldas del último de ellos se volvió hacia Shelley y Avril.

-¿De dónde salen ustedes?

-Ya lo ha visto, mayor. De ese aparato que acaba de llegar.

El comandante le miró con dureza, y por fin sonrió.

-Le ruego guarde sus bromas para otra oportunidad, Shelley. Le he preguntado en serio.

-Hemos estado en el cuartel general de Nahuk.

-¿Y el cabo Snakey?

-Supongo que se quedaría allí. Él es militar; nosotros no.

-Cuénteme lo ocurrido.

El periodista lo hizo así, alterando únicamente la verdad en cuanto se refería a Snakey, de quien dijo le habían separado de ellos apenas capturarlos.

-Entonces, ¿no fue él quien lanzó una señal por radio?

-Ignoro que lo hiciera -replicó francamente.

El mayor miró a Fulton.

-Creo que nos excedimos un poco, capitán. Snakey será bueno, pero en este caso aún no ha dado señales de vida.

-Así parece, señor. Esta pareja no nos ha sacado de ningún apuro. Yo creí que vendrían repletos de información.

-También yo... Bien, jóvenes. Muy agradecidos por su colaboración, y pueden retirarse cuando gusten.

Tom Shelley daba media vuelta, cuando Avril le cogió del brazo, reteniéndole.

-Somos periodistas, mayor -dijo la muchacha-. ¿Tendría inconveniente en contestar a unas cuantas preguntas?

-Ninguno -sonrió el otro-. Redacten el cuestionario y con mucho gusto les escribiré la respuesta.

Los recién llegados cruzaron sus miradas. La decisión de la muchacha dio valor a Shelley, quien se acercó un poco más al mayor.

-Mire, señor Pauling. Lo que queremos preguntarle no es asunto de cuestionario, ni tampoco para publicar. Es algo para nuestra tranquilidad interior. De aquí pensamos regresar a Hanepo a fin de entrevistarnos con Tahel y Colvin. Luego hablaremos con terrestres y castorianos sin discriminación, y el resultado total, sin facilitar nombres si ello ha de comprometer a nuestros informadores, es lo que se publicará en forma de una serie de artículos. ¡Queremos saber la verdad de lo que ocurre en Castor y, además, que la sepa todo el mundo!

Pauling estaba asombrado de la vehemencia que ponía el joven en sus palabras.

-Bien, Shelley. ¿Qué quiere saber?

-Todo cuanto haya llegado a sus oídos y los del capitán Fulton en forma de rumores, versiones oficiales, informes y confidencias con respecto a lo que le he explicado nos dijo Nahuk sobre la muerte de Jonas Hocking, la matanza de los prisioneros y la destrucción del hospital de Gaoum. Mi propósito es descubrir la verdad, airearla y terminar de una vez con esta guerra inútil y vergonzosa.

Dos horas después seguían encerrados en el despacho de Pauling. El mayor, previa solemne palabra de que lo que se dijera allí no saldría a la luz sin su previo consentimiento, se decidió a hablar.

Alguien le hubiera sometido a sumarísimo Consejo de Guerra si llegaba a enterarse de lo que se habló allí. Y, posiblemente, los periodistas no habrían salido incólumes del asunto.

CAPÍTULO VI

Tom Shelley fue introducido en la enorme estancia donde tenía su biblioteca el Gobernador General de Castor.

-Su Excelencia le recibirá inmediatamente, señor Shelley -anunció el criado terrestre que le acompañara hasta allí.

-Gracias. Esperaré -el periodista se dedicó a pasear de un lado a otro, con las manos a la espalda, estudiando con interés los lomos de los libros encerrados detrás de las encristaladas vitrinas.

El criado no le perdía de vista, apostado junto a la entrada.

Al cabo de unas quince vueltas a la habitación, y cuando Shelley calculó que llevaba dos horas esperando, asomó la imponente humanidad del Gobernador Colvin.

Pesaría sus buenos cien kilos, perfectamente repartidos en su elevada estatura, lo que no le hacia aparecer grueso. Shelley le recordaba de anteriores oportunidades en que recibió declaraciones suyas.

Esta vez quizá saliera un poco violentamente de allí.

-¡Ah, señor Shelley! -el gobernador avanzó, tendiéndole afectuosamente la mano-. He sabido que le tuvieron prisionero esos salvajes. ¿Ha sufrido mucho a manos de ellos?

-No, señor Gobernador -repuso-. Parece ser que los periodistas gozamos de una especie de inmunidad diplomática en este planeta. Se limitaron a retenerme unos días y luego me dieron la libertad. He aprovechado la ocasión para lograr una entrevista con el general Nahuk.

-¿Ah, sí? ¿Qué le dijo?

-Naturalmente, que la culpa de lo que ocurre es de la Tierra. Yo tengo mis opiniones al respecto como bien a las claras expreso en mis crónicas.

-Las he leído -sonrió el gobernador-. En otros tiempos llegó a serme usted antipático, joven; lo reconozco francamente. Pero la desgraciada muerte de su compañero le abrió los ojos... Por cierto, tengo entendido que estuvo también en Pólux...

-Sí, señor. Las cosas allí son muy semejantes a lo que ocurre en Castor. Supongo que Su Excelencia estará bien al corriente...

-Lo estoy. El Gobernador Mendel es amigo mío.

-He venido -Shelley entró en materia- a abusar un poco de la amabilidad de Su Excelencia. Quisiera unos pequeños datos para mi archivo...

-¿Qué clase de datos?

-La marcha económica del planeta en los últimos años. Producción, exportaciones, importaciones, y otras cosas semejantes.

-Al salir pase por la oficina de estadística. Allí se los proporcionarán con mayor exactitud que yo; comprenda que no puedo guardar todas las cifras en mi memoria. ¿Qué más?

-En todo tiempo, los castorianos se han quejado de que los malos tratos hacia ellos y el abuso de nuestra autoridad fueron las principales causas de su rebelión. Yo no hice mucho caso, ni lo hago ahora tampoco, pues siempre he comprendido que querrían justificarse de alguna forma, y no alegarían un deseo de lograr una independencia de la que estaban privados. ¿Podría decirme Vuestra Excelencia si, en algún caso aislado, se dieron esas circunstancias?

-Concretamente, no, Shelley. Es muy posible que haya habido roces... Somos humanos, como comprenderá, y alguien en la antigüedad dijo ya que el hombre es un lobo para con los de su propia especie. Pero a mis oídos no ha llegado noticia alguna al respecto.

-¿Y casos de enriquecimiento injusto, a costa de los castorianos... bien expoliando sus propiedades, forzándoles a trabajar más de lo legalmente permitido, o engañándolos de alguna forma?

El gobernador se puso levemente pálido. Pero era hombre de gran dominio de sí mismo, y aquello pasó casi instantáneamente.

-Tampoco, Shelley. Al menos, que yo sepa.

-Vuestra Excelencia... ¿Ha incrementado mucho sus riquezas desde que asumió el cargo, hace doce años?

Colvin trató de contenerse, pero aquella pregunta era algo más de lo que sus fuerzas podían soportar. Su rostro se puso rojo y las venas del cuello se le hincharon hasta amenazar estallarle.

-¡Shelley! -rugió con atronadora voz-. ¡No le tolero semejantes preguntas! ¿Qué quiere significar?

El periodista fingió atemorizarse.

-¡Perdón, Excelencia! -balbució, dando un paso atrás-. No pretendía ninguna insinuación ofensiva... Mi único motivo era proporcionarme datos demostrativos de que los terrestres en general, no se han enriquecido desmesuradamente a costa de los castorianos. He creído lógico que los antecedentes debían ir encabezados por los beneficios que ha obtenido el representante de la Federación.

Aquello no apaciguó, ni mucho menos, al Gobernador. Pero no podía demostrar lo profundamente que había sido alcanzado.

-Comprendo, Shelley -dijo, jadeante-. Le prometo que tendrá esos datos, con todos los justificantes, a su disposición para comprobar lo que estime oportuno.

-Muchas gracias. Excelencia. Nuevamente le ruego me perdone por mis indiscretas preguntas. Con su permiso, me retiro.

-Está perdonado, y a mi vez quisiera olvidase mi reacción. Había creído otra cosa...

Pero en cuanto Shelley hubo salido, Colvin llamó a uno de sus hombres de confianza.

-¿Has visto a la persona que acaba de marcharse, Jake?

-Sí. Es Shelley, el periodista, ¿no?

-Exacto. Creo que sospecha algo, y me interesa saber lo que es.

-Muy bien, jefe. ¿Disponemos luego de él?

-Traedlo aquí, y procuraremos que no salga. Pudiera haberse vuelto tan peligroso como su amigo.

* * *

-¿Qué ocurre, Gaines? -el capitán Fulton levantó la vista del informe que estaba redactando, para fijarla en el soldado de transmisiones.

-Lo hemos localizado otra vez, señor.

-¿Qué es lo que han vuelto a localizar? -se extrañó Percy, no cayendo momentáneamente en la cuenta.

-La llamada de S.O.S.

-Pues olvídese de ella. Seguro que es otra trampa de los castorianos -replicó impulsivamente el oficial.

-Está bien, señor. Pero yo había creído... En fin, ¿ordena alguna cosa?

-No, gracias. Puede retirarse... -pero luego de bajar la vista a lo que había estado haciendo, volvió a clavarla en la espalda del soldado que se disponía a salir-. ¡Espere, Gaines!

El hombre dio media vuelta y se quedó esperando.

-¿De qué dirección procedía?

-De un lugar muy próximo a Hanepo, señor.

-¿Hanepo? -asombrado, el capitán medio se levantó de la silla-. ¿Está seguro?

-Completamente. Addison y yo lo hemos comprobado por dos veces.

-Bien. Sigan haciéndolo y ya veremos.

Luego que el telegrafista hubo salido, Fulton se quedó pensativo durante diez minutos. Finalmente, pulsó el intercomunicador que le pondría en contacto directo con el mayor Pauling. Cuando el rostro de éste apareció en la pantalla, y luego de los saludos de rigor, Fulton le explicó lo que ocurría.

La primera reacción de Pauling fue la misma de él.

-¡No quiero saber nada de ese asunto! ¡Por mí, los castorianos pueden estar emitiendo llamadas de petición de auxilio hasta el día del Juicio Final!

Y sin más, cortó la comunicación.

Pero, al igual que le ocurriera a su subordinado, Pauling permaneció un buen rato con la vista fija en la pantalla. Por fin, moviendo la cabeza se reintegró a la tarea que había estado realizando.

Sin embargo, ante sus ojos bailaban, formando distintas combinaciones, dos letras mayúsculas:

La O y la S.

* * *

Luego de salir de la residencia de Colvin, Tom Shelley decidió dar una vuelta por la ciudad. No era la primera vez que estaba allí, y la conocía bien. Le gustaba la quietud y el silencio que reinaban en Hanepo a cualquier hora del día o de la noche; los castorianos no eran ruidosos ni dados a explosiones de regocijo, y la minoría terrestre adoptaba los mismos hábitos.

Pero ello no significaba que la gente no gustara de divertirse. Shelley consultó su reloj: faltaban dos horas para la cita que tenía concertada con Avril Hocking en el *Gogol*, pero acudiría ya. Mientras esperaba recapitularía los acontecimientos.

Paseando lentamente por las calles de aquella ciudad que, de estar en la Tierra, se hubiera dicho detenida en su progreso trescientos años antes, Shelley se sentía prendado por el contraste con las vertiginosas poblaciones terrestres. Las altísimas torres y pistas aéreas, cúpulas y profundos subterráneos de aquéllas, todo a grandiosa escala, contrastaban fuertemente con los achaparrados edificios de ésta, ninguno de los cuales alcanzaba los tres pisos; calles sin pavimentar en gran parte, iluminación nocturna casi inexistente y ¡maravilla de maravillas! posibilidad de recorrerla a pie con un simple paseo.

Absorto en sus pensamientos, el joven no se percató del individuo que, como una sombra, le seguía a todas partes bajo las arcadas que, junto con los centenarios árboles que crecían por doquier sin demasiado orden, mitigaban en parte los ardores de los múltiples soles del sistema. Aquel hombre procuraba disimular su presencia interponiendo obstáculos entre él y su perseguido, trabajo vano, pues el periodista no se cuidaba poco ni mucho de lo que ocurría a sus espaldas.

Una hora después, llegaban ambos ante la puerta del *Gogol*. Se trataba de un lugar de diversión muy peculiar en Castor III. No es que contuviera espectáculos o juegos desconocidos en otras partes, sino sencillamente que en su interior se reunían cuantos pasatiempos pudiera desear el más exigente: cinematógrafo, bar, casa de juego, restaurante... Shelley penetró en el interior, sombrío cual todos los lugares semejantes en Castor, y buscando una mesa en un rincón, parcialmente oculto por un seto artificial, se acomodó dispuesto a esperar la llegada de su colega.

Ningún camarero se acercó a preguntarle qué deseaba tomar. Cada mesa disponía de un pulsador a cuyo conjuro acudía un empleado de la casa dispuesto a prestar el servicio que se le solicitara; mientras esto no ocurriese, nadie osaba molestar al cliente que deseara que le dejasen en paz.

Un nuevo parroquiano entró apenas se hubo sentado Shelley. Éste no pudo reconocerlo, puesto que no lo había visto de cerca en su vida, pero en cambio el recién llegado sí le conocía bien a él. Buscó un lugar apropiado,

a la espera de que sus ojos se acostumbraran a la penumbra interior para permitirle localizar a su presa.

Era el mismo individuo que le venía siguiendo desde que saliera de la casa del gobernador.

Shelley no paró atención en él, dedicándose a recapacitar sobre lo que averiguara en los últimos días. Al parecer, todos los indicios apuntaban hacia el honorable Colvin como principal motor de la guerra; el Ejército, al menos en sus esferas baja y media, lo creía así, pero un poco la inseguridad, y otro poco de disciplina, le impulsaban a seguir luchando porque ésa era su misión. Cuando alguien intentaba hablar de armisticio o paz definitiva siempre había un obstáculo insalvable interponiéndose entre estos deseos y su realización. Posiblemente algunos civiles y altos jefes militares andaban de mutuo acuerdo con Colvin. La reacción de éste a la directa pregunta de Shelley sobre sus actuales riquezas no podía tomarse como prueba acusadora, desde luego: cualquier hombre con un mínimo de dignidad hubiera respondido en igual forma. Y su oferta de proporcionarle un resumen al respecto desarmaba en cierto modo las sospechas, a no ser que significara una simple intención de posponer indefinidamente el asunto, o algo peor; si los castorianos no mentían, la suerte corrida por Jonas Hocking pudiera ser una advertencia.

-Usted es el señor Shelley, el periodista, ¿verdad?

Tom levantó la cabeza para fijar la mirada en el hombre que había llegado ante él sin que le percibiera. No le conocía en absoluto, pero incorporándose cortésmente, asintió:

-En efecto, yo soy.

-¿Me permite? -señaló la silla que había frente al joven-. Solamente le molestaré unos momentos.

-Siéntese -repuso Tom, no demasiado alegre por la interrupción.

-Me llamo... bien, no hace al caso el nombre. Tengo una noticia de mucho interés que ofrecerle.

-¿De qué se trata?

-¿Cuánto me daría usted por ella, señor Shelley? En circunstancias normales se la ofrecería gratuitamente, pero me encuentro en situación apurada y...

-Si no me da usted una idea del asunto, no puedo valorarlo -replicó Shelley con sequedad.

El otro miró en derredor con aire furtivo, como percatándose de que no habrían oídos indiscretos en las proximidades.

-Se trata de las verdaderas circunstancias en que murió su amigo el señor Hocking; yo estuve presente.

Shelley se olió la tostada. Aquello era una trampa, y él no estaba dispuesto a caer en ella.

-No me interesa, señor... He oído tantas veces esa historia, y de tantas maneras distintas, que por los medios empleados se hubiera podido matar a la mitad de gente del planeta. Una más me dará poco nuevo que aprender.

-Yo puedo ofrecerle pruebas irrefutables -protestó el otro-. Nadie le ha proporcionado otra cosa que testimonios de gente que manifestó haberlo visto. Sin embargo, yo poseo varias fotografías que prueban sin lugar a dudas...

-Las fotografías se pueden adulterar. Eso se sabe desde los tiempos de Daguerre.

-¿No cree que le digo la verdad?

Shelley le miró de hito en hito.

-Francamente, no, *señor sin nombre*. Dígale a quien le ha enviado que ya soy un poco mayor para tentarme con dulces... -instantáneamente se arrepintió de su actitud. Le estaba haciendo el juego al tipo aquél.

Esto se vio claramente cuando su interlocutor se puso en pie, fingiendo gran indignación, para gritar:

-¿Insinúa que soy un falsario, señor Shelley?

El periodista se contuvo para no contestar con una tajante afirmación. Tal vez aún estuviera a tiempo de enmendar su error.

-¡De ninguna manera! Únicamente me limito a hacer constar un hecho que todo el mundo conoce, y recalcarle mi falta de interés en lo que me ofrece.

Pero el otro no tenía intención alguna de permitirle retirarse.

-¡Ha dicho claramente que yo he falseado fotografías, que estoy mintiendo, y además, que cumplo órdenes de alguien! ¡No se lo toleraré!

-No lo tolere, señor mío. ¿Qué quiere que le haga yo?

El individuo aquél, comprendiendo que le habían visto el juego y que Shelley no mordería el anzuelo de aceptar una pelea, decidió forzar la mano.

Tendió el brazo por encima de la mesa, y sus dedos se cerraron con fuerza sobre la pechera de la blusa de Shelley, tirando con la suficiente energía para levantarle del asiento. El otro brazo se echó atrás con la evidente intención de golpear cuando el joven estuviera a la distancia apropiada.

La mesa, interponiéndose entre ambos, obstaculizaba la defensa de Shelley, casi imposibilitado de moverse sin tropezar con ella. El periodista hizo lo único posible dadas las circunstancias: esperó con la vista fija en el puño que llegaba a toda velocidad, y en el instante crucial en que parecía imposible que no encajara el golpe, desvió el brazo del otro con el suyo propio. Seguidamente su mano trazó un. rapidísimo movimiento, atrapando la cerrada de su enemigo, a la vez que la otra se cerraba sobre la muñeca, y forzó un movimiento de torsión hacia afuera. La mano que le sujetaba se

soltó, y su agresor cayó pesadamente de espaldas.

Shelley saltó detrás de la mesa para quedarse esperando a que el otro se pusiera en pie. El enviado de Colvin se precipitó sobre él rugiendo de rabia, para ser detenido por un demoledor puñetazo en el plexo solar que le empujó dos o tres pasos hacia atrás. En aquel momento, Shelley vio por encima del hombro de su adversario a Avril Hocking que acababa de aparecer en la entrada. Aquella distracción estuvo a punto de costarle un disgusto, pues el otro conectó un violento golpe en su mentón, seguido de una derecha al estómago.

Shelley devolvió las caricias sin demasiada energía, pues aquel golpe en la mandíbula, por lo inesperado, le había hecho daño. Ambos intercambiaron ciegamente puñetazos durante unos momentos, sin adquirir una clara ventaja. Un empleado se deslizó por detrás de Avril, saliendo a la calle.

Segundos después regresaba, con dos miembros de la guardia personal del gobernador pisándole los talones.

La decoración había variado ligeramente en aquellos breves instantes, y Shelley permanecía en pie, apoyado en la mesa con gesto de cansancio, mientras su contrario estaba tumbado en el suelo con todos los síntomas de haber perdido el sentido.

Los guardias asieron rudamente al periodista por los brazos, tratando de arrastrarle fuera de allí. Shelley se soltó con una sacudida y se les quedó mirando.

-Calma, muchachos. Si quieren, les acompaño, pero no es necesario que me saquen a rastras.

-¿Por qué le ha pegado a ese hombre?

-Pregúntenle por qué me ha pegado él á mí primero.

Uno de ellos extrajo una pistola de siniestro aspecto.

-Acompáñenos -ordenó, ya sin pretender cubrir las apariencias-. Tenemos que hablar con usted.

-Comprendido -sonrió Shelley-. Esta es la segunda parte de la comedia.

Se quedó mirando unos instantes a su caído enemigo, con furiosos deseos de machacarle la cabeza a patadas. Por fin, alzando los hombros, precedió a los otros dos hacia la calle.

Todo se había perdido por culpa de su desdichada actuación en los últimos minutos. ¿Qué ocurriría ahora, cuando él no podía comunicar lo que averiguara?

CAPÍTULO VII

-Eso es todo lo que yo sé al respecto, señorita Hocking- terminó el Coordinador, con un leve suspiro que casi parecía indicar que se culpaba a sí mismo por poder decir tan poco-. Al igual que Nahuk, yo no pretendo obligarla a que me crea; pero sí afirmo que si se nos concedieran garantías de un trato justo y equitativo, y el perdón para todos los nuestros que han empuñado las armas, la lucha terminaría inmediatamente. No tenemos el menor interés en separarnos de la Federación, ni se habló para nada de ello con los sediciosos de Pólux.

-Estoy convencida de que me dice la verdad, señor Tahel. Lo difícil va a ser que lo crean quienes tienen poderes para hacer algo positivo.

-Así pienso yo también de la situación. Sin embargo es posible que los planes que han trazado ustedes lleven a un aireamiento de ciertas cosas que a nuestros enemigos les interesa mantener ocultas. Pese a ello, le repito, no estoy muy de acuerdo con ustedes porque es arriesgado lo que se proponen.

-No hemos visto otra solución más sencilla.

-Tampoco yo. He recibido un mensaje de Nahuk diciendo que envía cincuenta hombres para protegerlos; creo que la idea es de ustedes...

-En efecto. No los pedimos exactamente como protección, pero sí para ayuda... quizá indirecta.

-No me gusta, francamente. Si los terrestres se enteran de que hemos violado el pacto de mantener desmilitarizada la ciudad...

-¿Perderían ustedes mucho con ello, realmente? Es uno más de los riesgos que debemos correr. ¿Ha llegado ya Hain?

-Hace unos momentos.

-Bien. El ya conoce nuestros planes, y sabe que no ha de entablar contacto abiertamente con nosotros. Procure que se mantenga en la sombra.

-Precisamente de eso quería hablarle: insiste en proporcionar una escolta a cada uno de ustedes. Dice que son órdenes recibidas del general Nahuk, por quien siente un respeto rayano en la veneración.

-Eso quiere decir que algunos de sus hombres me seguirán cuando salga yo de aquí... Ruégueles que, al menos, anden con precaución.

Así, cuando Avril salió del domicilio del coordinador llevaba detrás suyo a dos castorianos. La muchacha observó con satisfacción que los hombres cumplían su cometido discretamente, sin hacerse demasiado visibles, y cuando llegó al *Gogol*, lugar de su cita con Shelley, ellos se quedaron en los alrededores sin perder de vista la entrada.

Tom estaba discutiendo al fondo con un hombre. Avril no conocía a éste de nada, y permaneció indecisa viéndoles cómo de las palabras llegaban a los hechos. De pronto se sintió empujada por alguien que entraba sin demasiados miramientos, y al recuperar el equilibrio vio que se trataba de dos guardias del gobernador que se dirigían en derechura a los

combatientes.

La muchacha no esperó más. Dando media vuelta se escabulló hacia el exterior.

Haín y Bethel, sin distintivo alguno que los denunciara como soldados de Nahuk, holgazaneaban por los alrededores. Avril se dirigió apresuradamente al segundo, hablándole con precipitación, y luego siguió adelante, como alejándose del *Gogol*. El castoriano caminó sin prisas, imitado por su compañero.

Cronometrando sus movimientos no hubieran logrado una más perfecta sincronización. Ambos llegaron a la puerta del *Gogol* en el momento en que los dos gendarmes salían, precedidos por su prisionero. No se anduvieron con demasiados miramientos. Aprovechando sus enormes fuerzas, los castorianos echaron manó al cuello de los uniformados terrestres, casi estrangulándoles en cuestión de segundos, y luego cada cual escapó por su lado.

Cuando los agredidos pudieron levantarse, tenían a su lado al hombre que riñera con Shelley; pero ni rastro del prisionero.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó el secuaz de Colvin, hablando dificultosamente por entre los abotagados labios.

Los otros se limitaron a mirarle con expresiones atontadas.

-¡Imbéciles! -rugió el otro-. ¡No servís para nada!

Se guardó mucho de decir que en sus planes tampoco había entrado la suposición de que su físico iba a salir tan averiado del encuentro.

* * *

Aquella *noche* un hombre se detuvo al pie de un árbol, junto a la elevada tapia que separaba el jardín del gobernador Colvin de la avenida donde tenía su residencia.

Pocos metros más allá, otro apoyó la espalda contra el muro, procediendo a encender tranquilamente un cigarrillo, sin perder de vista la calle transversal a la en que se hallaban.

Aquello era la señal de que el terreno estaba despejado. El que estaba junto al árbol trepó como una ardilla por el amplio tronco que le ocultaba a la vista de los que pudieran venir en la dirección contraria a la que vigilaba su compañero, y en dos segundos había desaparecido entre el denso follaje. El otro siguió paseando.

Algunos castorianos y terrestres pasaban de vez en cuando por allí. Ninguno miró hacia la copa del árbol que se tragara la escurridiza silueta poco antes; pero aunque lo hubieran hecho, les habría sido imposible ver nada.

El hombre oculto entre el ramaje estaba despojándose de las ropas que llevara. Debajo de ellas vestía un traje oscuro, muy ajustado; se colocó un capuchón sobre la cabeza y, luego de cerciorarse de que su ropa quedaba

bien sujeta en una pequeña bifurcación, se deslizó por una gruesa rama lateral hasta encontrarse dentro del jardín... pero a diez metros de altura sobre el suelo.

Descendiendo todo lo posible, el enmascarado oteó los alrededores mientras maldecía la superabundancia de soles en el sistema, que impedían una verdadera noche.

Al parecer, todo el mundo dormía a aquellas horas en la enorme mansión. El intruso sujetó una delgada cuerda de la rama, descolgándose por ella hasta un macizo que le ocultó casi en el acto. Luego de recuperar la cuerda, se arrastró por entre las plantas en dirección a la casa.

En determinado momento se detuvo sobresaltado al cruzarse en su camino un casi invisible hilo que casi rompió creyendo que se trataba de una telaraña castoriana. Una breve inspección le dijo que, de tocarlo, allí hubiera podido terminar su aventura: una ingeniosa alarma estaba conectada a él.

Cuando llegó junto al edificio pudo convencerse de que ni la planta baja ni el primer piso le ofrecían un acceso fácil: todas las ventanas estaban enrejadas. En el segundo se abría tentadoramente un hueco muy próximo a la sobresaliente rama de un alto árbol, pero el hombre se limitó a sonreír: demasiadas facilidades. Por fin pudo encontrar algo que le convenía más: un ventanillo que, posiblemente, recaía al sótano.

No era fácil, ni mucho menos, entrar por él. El asaltante se acercó al amparo de la espesa maleza que imitaba un trozo de jungla, y sonrió de nuevo.

-Muy listos -murmuró, aproximando la vista a unos objetos que punteaban el marco, imitando clavos. Eran pequeñísimas células fotoeléctricas alternadas con electrodos capaces de emitir una descarga mortal, o al menos paralizadora. Cualquier objeto mayor que un ratón que intentara pasar por allí, la recibiría de lleno.

Los conductores de la electricidad debían estar incrustados en la pared o procedían del interior. El hombre tomó unas largas pinzas y fue pegando parches de una materia adhesiva y aislante sobre los electrodos, hasta dejarlos completamente cubiertos.

La trampa se había quedado sin dientes.

Luego de aquello fue tarea sencilla forzar la puerta, evitando la alarma.

Una vez en el sótano, el hombre buscó el cuadro distribuidor de electricidad para la casa. El moderno panel de indicadores le sirvió de gran ayuda para permitirle desconectar trampas y alarmas a la vez que todas las luces que no estuvieran encendidas en aquellos momentos. Luego demostró una gran pericia en aquellas cuestiones al preparar un cortocircuito de difícil reparación, que se dispararía en cuanto alguien intentara encender alguna de las luces bloqueadas.

-Gracias, gobernador -susurró-. Me estás facilitando la tarea al sembrar la casa de dificultades.

Realizó una breve inspección de rutina en el sótano, ya que lo que le llevaba a la casa tenía la seguridad de que no estaría allí, y seguidamente ascendió a la planta baja.

Dos horas transcurrieron mientras recorría el edificio, escrutándolo todo pero sin tocar nada. Por fin llegó a la biblioteca.

Por debajo de la puerta del despacho de Colvin asomaba una raya de luz, indicadora de que el gobernador había estado allí todo el tiempo que el intruso llevaba en la casa. Éste, casi invisible en la oscuridad, se desplazó en silencio hasta la puerta y estuvo escuchando unos momentos. Luego, con ayuda del finísimo rayo de luz de una pequeña linterna, comenzó a escrutar todos los rincones de la biblioteca.

Los libros le llamaron la atención, como ocurriera a Shelley pocas horas antes, pero no realizó tentativa alguna por alcanzarlos aun luego de haber forzado la cerradura de una de las estanterías. Cerró cuidadosamente, sin dejar huella alguna de su trabajo, y se dispuso a abandonar el edificio.

Un súbito aumento en la luminosidad le dejó clavado en el sitio. La puerta del despacho de Colvin acababa de abrirse, y éste penetraba en la biblioteca. Debió captar algún movimiento, ya que el otro no había producido rumor alguno, pues con una leve exclamación de sobresalto regresó a la habitación de donde procedía, para volver a aparecer segundos después empuñando una pistola. La mano libre se alzó para buscar el conmutador de la luz.

Logró alcanzar éste y accionarlo en el momento en que algo duro chocaba con fuerza contra su cabeza, derribándolo al suelo. En el sótano se produjo un vivísimo chispazo acompañado de una débil explosión, y las pocas luces que había encendidas en la casa se extinguieron.

El merodeador salió disparado, aunque caminando con la misma cautela que empleara en toda su incursión, luego de recoger la pistola del gobernador.

Colvin debía tener un cráneo de granito, pues no llegó a perder el sentido cuando otra persona hubiera estado durmiendo varias horas de resultas del golpe. Antes de que su agresor hubiera alcanzado la puerta, él ya estaba gritando con todas sus fuerzas:

-¡Guy! ¡Jack! ¡Daos prisa! ¡Hay alguien en la casa!

Luego se puso en pie, tambaleándose ligeramente, y regresó a tientas a su despacho. Abriendo una de las opacas ventanas que daban al jardín dejó entrar un torrente de luz solar, mientras se asomaba.

-¡Lester! -bramó. El individuo a quien Shelley señalara el rostro surgió al cabo de unos segundos, procedente de un pequeño pabellón semioculto entre la arboleda-. ¡Rodead la casa! ¡Trae enseguida dos hombres contigo!

¡Alguien está aquí dentro!

La docena de hombres que formaban la guardia del gobernador salieron del pequeño edificio y, cumplimentando las órdenes de éste, se distribuyeron en lugares estratégicos del jardín, para vigilar todas las posibles salidas. Nadie lograría escapar sin ser visto por ellos.

Entonces comenzó una sistemática búsqueda por todos los rincones de la casa. Lester y sus dos hombres, bajo el mando de Colvin y con la ayuda de los dos criados Guy y Jack, se desplegaron con la habilidad de sabuesos profesionales. Tropezaban con algunas dificultades en las habitaciones interiores, desprovistas de ventanas al aire libre, pues no disponían de suficientes linternas de mano para todos. Sin embargo, procediendo con suma minuciosidad, estaban seguros de no dejar oculto en ningún rincón al intruso.

Éste no permanecía ocioso. Conocía bien la casa por su exploración anterior, y sin vacilar un segundo se había lanzado al sótano en busca del lugar por donde entrara; pero, por pronto que quiso salir al jardín, se lo encontró perfectamente vigilado por los guardias de Colvin. Retiró los trozos de materia adhesiva que fijara para inutilizar las células fotoeléctricas de la ventana, quedándose agazapado entre la maleza a la espera de una oportunidad para salir de allí.

Creyó haberla logrado cuando a su vista quedó solamente un guardián. Apuntó la pistola con sumo cuidado, y el hombre se desplomó sin lanzar un gemido, muerto al recibir una descarga paralizante en plena cabeza.

No se entretuvo un segundo en lanzarse hacia otro lado; pero su mala suerte quiso que alguien viera a su víctima antes de lo que hubiera sido deseable, precipitándose en su dirección con un grito de alarma. Parapetado tras el tronco de un árbol se defendió unos momentos, logrando derribar a otros dos; pero la desproporción numérica era demasiado considerable para que tuviera la menor esperanza de aniquilar a todos los enemigos. Finalmente dio una voz:

-¡Está bien! Me rindo.

Colvin, desde una ventana, había presenciado el breve pero encarnizado combate. Ahora le gritó:

-¡Sal de ahí con las manos en alto!

El intruso obedeció y los guardianes le llevaron a presencia del gobernador, quien se le quedó mirando fijamente con una sardónica sonrisa en los labios.

-Muy bien, señor Shelley -dijo con acento triunfal-. Hace pocas horas ha escapado usted de Lester, pero ha sido muy amable en regresar a nuestras manos. Es inútil que trate de ocultarse más tiempo.

Y de un tirón arrancó la capucha que cubría el rostro del asaltante.

La cara que apareció debajo era la de un perfecto desconocido para él.

Colvin se quedó sin dar crédito a lo que veía, tan seguro estuvo de su identificación. Con voz temblorosa por la impresión, inquirió:

-¿Quién es usted?

El hombre se limitó a alzar los hombros con una leve sonrisa.

-¿Para qué quiere mi nombre? No conseguirá nada con ello. Es preferible que siga llamándome *Shelley*. Parece que le gusta.

-¿Qué buscas aquí?

Nuevo encogimiento de hombros.

-Cualquier cosa de interés... y lo bastante ligera para poder llevármela. Me había parecido que la casa de un gobernador era apropiada para el caso, pero ya he comprobado que no parece gozar de muchas riquezas... transportables.

-¡Registradlo!

Lester procedió a buscar concienzudamente, con la práctica de quien ha llevado a cabo la tarea en infinidad de ocasiones. Al cabo de cinco minutos manifestó:

-No lleva nada encima, señor. Únicamente un juego muy completo de herramientas de ladrón. Puede que diga la verdad.

Se le veía desconcertado, y su amo no lo estaba menos. Pero su desconfianza, lejos de disiparse, era más fuerte a cada segundo que transcurría.

-Llevadlo abajo. Cuatro o cinco de vosotros, quitaos esos uniformes tan llamativos y salid a vigilar los alrededores. Si encontráis a alguien sospechoso, traedlo aquí. Caso de tratarse de algún inocente ya buscaremos una excusa.

Abajo era un lugar al que entraron forzosamente muchas personas en los últimos años; pero ninguna de ellas salió... con vida.

CAPÍTULO VIII

-Bien, Arthur. Aquí nos tienes. ¿A qué se debe esta convocatoria tan urgente?

-Han surgido complicaciones, Bert -repuso Colvin. Volviéndose hacia el tercer miembro de la reunión comentó-: Esta vez has sido puntual, Glass.

-Lo apremiante de tu mensaje me ha dado a entender que ocurría algo grave -dijo Michael Glass, prácticamente la persona por cuyas manos pasaba todo el comercio exterior de Castor III-. ¿De qué se trata?

El gobernador no respondió en el acto. Sus ojos saltaron de uno a otro de sus interlocutores, como calibrando su temple en momentos de apuro.

-¡Habla ya, Colvin! -saltó el general Bert Kalsky, impaciente-. ¡Nos tienes sobre ascuas!

-Ya lo veo -respondió calmosamente-. Bien. Se trata, sencillamente, de que alguien de entre nosotros, o de los que trabajan a nuestro lado, se ha ido de la lengua.

Sus compinches se quedaron mirándole con ojos enormemente abiertos.

-¡Estoy seguro de la gente que tengo conmigo! -bramó el general-. ¡Es demasiado lo que se juegan para permitirse esas debilidades!

-Lo mismo digo de los míos, Arthur -interpuso el gordo comerciante-. Les va muy bien en las actuales circunstancias y saben que no les conviene hablar demasiado.

-No he acusado a nadie en concreto -explicó el gobernador, apaciguadoramente-, porque no tengo ni idea de quién pueda ser. Lo mismo podría tratarse de uno de mis hombres. Pero lo cierto es que hay alguien que anda detrás de nuestra pista.

-¿Quién es? -inquirió el general.

-¿Recordáis a Jonas Hocking?

-¡Naturalmente! Recuerdo que fue un golpe maestro de estrategia por tu parte. Claro que no tenías más remedio que eliminarlo, pero al lanzar las culpas sobre Nahuk conseguiste al mismo tiempo poner de nuestro lado a ese otro periodista... No recuerdo ahora cómo se llama.

-Shelley. Está aquí.

-¿Aquí? -los dos se volvieron, como si esperasen verle surgir de algún rincón-. ¿Qué quieres decir?

-Le tengo bien guardado... junto con dos amiguitos más. Pero no sé cuántos ni quiénes puedan ser los otros que anden con ellos. Hay que descubrirlos rápidamente, antes de que logren hacernos verdadero daño.

-Explícanos lo ocurrido -pidió Glass.

-Ayer se presentó aquí ese Shelley con la pretensión de que le concediera una entrevista. No vi inconveniente alguno, puesto que sin quererlo nos ha ayudado bastante con su idiota interpretación de los acontecimientos. Pero, luego que las cosas parecieron deslizarse

perfectamente durante unos minutos, comenzó a hacer preguntas... algo molestas, para acabar casi con verdaderas acusaciones. Me indigné sin necesidad de fingirlo, pero, aunque él quiso arreglar las cosas a última hora, comprendí que con mi actitud le había dicho casi tanto como con una confesión completa.

-Naturalmente, le hiciste seguir -supuso Kalsky.

-Aciertas. Mi propósito era llevarle, de momento, a algún sitio que no fuera esta casa, para tratar de averiguar lo que sabía. Pero me ha demostrado ser listo. Ya conocéis a Lester: es uno de mis mejores hombres; pues bien, se le ha escurrido de las manos cuando parecía tenerle detenido entre dos de mis guardias. Según creo, contó para ello con la ayuda de algunos castorianos.

-¿Estás seguro? -el general se inclinó ansiosamente-. ¿Le supones de acuerdo con Nahuk o Tahel... o con los dos?

-No he querido suponer nada hasta que discutamos la situación los tres juntos. Voy a explicaros los hechos nada más... Pues como decía, se escapó de mis hombres. Pocas horas después, un individuo equipado con todas las herramientas necesarias para escalar una casa, se introdujo aquí dentro. Afortunadamente, le sorprendí luego que hubo averiado la instalación eléctrica, pero antes de que lograra saber cosa alguna, según creo. No sin esfuerzo, conseguí capturarlo, y al enviar unos cuantos muchachos por los alrededores para localizar posibles cómplices que le estuvieran aguardando, han regresado con dos pájaros más: ese Shelley y una chica a quien los guardianes que detuvieron antes al periodista habían visto rondando por las cercanías y que luego se les esfumó. Parece ser que los tres se conocen bien.

-¿No sabes quiénes son los otros dos?

-Aún no he tenido tiempo de averiguarlo, pero no creo que sea difícil.

Guardaron unos momentos de silencio, mientras los visitantes recapacitaban sobre lo que les dijera el gobernador.

-No veo más solución que deshacernos de ellos -sugirió Glass, tan fríamente como si les propusiera tomar una copa.

-Eso es imprescindible, desde luego. Aunque todo hayan sido coincidencias y estos pájaros no fuesen sino unos curiosos que han llevado su afán de saber más allá de lo prudente, ahora ya no queda otro camino. Saben demasiado... y sería muy conveniente que averiguásemos hasta dónde llegan sus conocimientos.

-No puedes tenerlos aquí en la casa, sin exponerte a un disgusto en caso de que tengan cómplices y logren denunciarlo a alguien con un poco de autoridad. No ignoras que no controlamos a todo el mundo, y que un escándalo de ese calibre sería casi imposible de ahogar.

Colvin se limitó a sonreír mefistofélicamente.

-Sabes muchas cosas, Mike, pero no todas. En esta casa hay secretos que no se descubrirían ni aún derribándola piedra por piedra. Uno de ellos es el del lugar donde yo encierro a la gente que me... es tan querida que no me decido a desprenderme de ella. No será difícil sacarles todo lo que saben, con un poco de tiempo. Luego...

El gesto que hizo con la mano para cerrar la frase no podía ser más expresivo.

* * *

Pocas horas antes de la entrevista de las malignas eminencias de Castor III, Tom Shelley y Avril Hocking habían pasado a hacer compañía al preso de las mazmorras del gobernador Colvin. Este palideció levemente al verlos aparecer, pero casi en el acto recuperó su zumbona actitud peculiar.

-¡Buenas tardes! ¿Llueve por ahí fuera?

-¡Hola, Snakey! ¡Te sienta muy bien ese uniforme de luto! Yo, en cambio...

-¡Venga, Tom, anímate! -apremió el cabo-. Son gajes del oficio. Pero saldremos de ésta, no te preocupes.

-¿Tu crees? -desde que se aliaran en tenebrosa conspiración para desenmascarar a los instigadores de la guerra, habían decidido suprimir tratamientos impropios de socios en la actividad a que iban a dedicarse-. Yo lo veo todo muy negro...

-¡Porque me estás mirando a mí! -rió Snakey. Miró rápidamente hacia el ventanillo que se abría en la estrecha puerta del calabozo. Estaba cerrado-. Bueno... Yo siempre he dicho que un buen sueño es lo mejor que puede hacerse para estar en forma. Me habéis despertado en mitad de uno muy agradable, de modo que... ¡buenas noches!

Iba a tumbarse en el único camastro de la celda, sobre el que estaba sentado, cuando pensó que los caballeros debían ser corteses.

-Te corresponde a ti, Avril. Tom y yo tendremos que conformarnos con el duro suelo.

-No tengo ganas de dormir -protestó la muchacha.

-El jefe de la expedición soy yo, recuérdalo. Ya lo convinimos hace tiempo. Obedece. Tú, Tom, al suelo.

Y, sin más, se tumbó cuan largo era. Transcurrieron unos segundos y Shelley, que se había acostado junto a él, murmuró:

-Oye, Snakey. Yo creo...

-¡Yo creo que eres bastante latoso, Tom! ¿No te he dicho que a dormir?

Se había colocado de forma que, fingiendo ocultar parcialmente la cabeza debajo del camastro para evitar le diera sobre los ojos el resplandor principal del foco, no perdía de vista el ventanillo. En un momento determinado éste se abrió dos o tres segundos, para cerrarse inmediatamente.

Dejó pasar otro minuto. Entonces se incorporó en silencio, llevando un dedo a los labios en expresivo gesto. Shelley, que había intentado imitarle, se quedó inmóvil. Avril le miraba hacer sin pronunciar palabra.

El hombrecillo de cara de ratón se puso en pie sin producir el menor rumor. De dentro del doble tejido que formaba el puño de su manga derecha extrajo un finísimo instrumento metálico, una especie de pinzas cortantes, y subiéndose encima de la cama, trabajó unos segundos en un diminuto objeto. Al bajar al suelo, lo llevaba en la mano.

-Ya podéis hablar, muchachos -dijo alegremente-. El enemigo está sordo.

Se acostó nuevamente al lado de Shelley, agregando:

-Esto es para la galería. Están sordos, pero no ciegos. No os mováis... ¿Conserva Tahel el receptor, Tom?

-No.

-¿Cómo?

-Lo tengo yo.

-¡Diablos! Estamos peor de lo que creí... ¿Cómo es eso?

-Muy sencillo, hijo. Tú instalaste el emisor mientras yo esperaba ahí fuera. Pero Tahel estaba escuchando desde su casa. Cuando empezó el jaleo, Avril vino corriendo en mi busca para comunicármelo... llevando el aparato consigo para que pudiéramos seguir las incidencias de tu persecución, mientras las voces se produjeran al alcance del emisor. En tanto Tahel preparaba una invasión de la fortaleza con toda la gente de Hain... que se producirá de un momento a otro. Total, que nos cazaron a Avril y a mí, que estábamos juntos, y aquí nos tienes... esperando que se inicie una batalla ahí fuera para liberarnos.

-No nos encontrarán. Esto está muy disimulado y Haín no logrará entrar aquí. Se necesitaría... ¡Espera! Creo que con un poco de suerte no será tan difícil.

-¿De qué forma?

-Ya te lo diré. De momento vamos a ver qué ocurre por ahí arriba. Trae eso.

Shelley sacó de debajo de su ancho cinturón un pequeño objeto de unos tres centímetros de lado por no más de uno de grueso. El enlutado cabo lo tomó en su mano y, dejándolo en el suelo a su lado, realizó unos delicados ajustes en unos botones; una finísima voz brotó del aparato.

-Parece que hay junta general -murmuró Snakey con el diminuto receptor de radio junto a su oído.

-*...es uno de mis mejores hombres; pues bien, se le ha escurrido de las manos cuando parecía tenerlo detenido entre dos de mis guardias...* -iba diciendo la vocecilla.

Escucharon atentamente mientras fingían dormir, enterándose de

muchos detalles de la conjura y de los proyectos que se forjaban con respecto a sus personas.

* * *

El árbol que sirviera a Snakey para iniciar su excursión en la residencia del gobernador se veía muy concurrido. A lo largo de varias horas, aprovechando brevísimos lapsos de tiempo en que no había ningún transeúnte a la vista, los castorianos de Haín habían ido ocultándose entre su ramaje; por fin, cuarenta hombres decididos a liberar a sus amigos prisioneros en aquella casa se deslizaron de uno en uno al jardín, mientras otros diez se apostaban en los alrededores para servir como refuerzo en caso de necesidad.

Un infortunado guardia del gobernador, que vigilaba en aquel sector, cayó víctima de las armas de los castorianos antes de enterarse de que alguien invadía el terreno prohibido. Pero era imposible que tan gran número de personas pasaran desapercibidas, y pocos minutos después se entablaba una batalla en toda regla. Los hombres de Colvin eran muchos menos, pero estaban bien parapetados, en tanto que los atacantes no disponían sino de su innata capacidad para disimular su presencia entre la espesura. Uno de ellos que quiso introducirse en la casa por la ventana que despreciara Snakey, cayó fulminado desde más de diez metros de altura al chocar con la invisible barrera de células fotoeléctricas.

Haín conferenció brevemente con su segundo, Linar.

-Hay que entrar como sea, y de prisa. En cualquier momento pueden llegarles refuerzos y nos encontraremos en muy mala situación.

Pero era casi imposible atravesar la combinada defensa de los hombres de Colvin y los aparatos de alarma. Finalmente, al cabo de más de una hora de combatir y luego de cuantiosas pérdidas, los castorianos lograron abrir una brecha al inutilizar los conductores de una de las ventanas.

Por allí se derramaron hacia el interior, y entonces comenzó una nueva forma de combate, con los hombres ocultándose por las oscurecidas habitaciones.

Colvin, Kalsky y Glass, que habían permanecido en la biblioteca, intentaron alcanzar el subterráneo secreto al verse perdidos; pero el camino estaba cortado por el maremágnum de combatientes y retrocedieron.

-Tardarán en llegar hasta aquí -dijo el gobernador con un leve resto de confianza-. Para entonces quizá haya cundido la alarma.

-No conviene que nadie nos vea en tu casa, Arthur -dudó el general.

-¿Por qué? -se mofó éste-. ¿No puedo recibir a mis amigos cuando lo tenga por conveniente? Y a nadie hemos ocultado que lo sois.

El piso bajo y el sótano estaban por completo bajo control de los castorianos, algunos de los cuales registraban afanosamente en busca de los prisioneros mientras los demás seguían la lucha. Una vez más se cortó el

fluido eléctrico, con lo que las defensas de Colvin quedaron bastante debilitadas.

Pero aún así era difícil el avance. Los tres cabecillas se sumaron a la batalla, disparando con desesperación, y pocos hombres bastaban para defender una escalera o una ventana que pretendieran asaltar un número mayor de enemigos.

De pronto cambió el ritmo de las voces de los combatientes, y los invasores cesaron en sus esfuerzos, para dirigirlos en dirección opuesta.

-¡Han llegado tropas! -jadeó Lester, asomándose con precaución al jardín.

-¡Ayudadlos! -el general Kalsky dio secamente la orden, recuperando algo de su sangre fría. Lester se quedó mirando a su jefe, como si éste fuera el único que tuviera alguna autoridad allí.

Colvin asintió con la cabeza. Los hombres de Haín estaban acorralados, sin demasiadas esperanzas de salir de allí. Fuera tenían un centenar o más de soldados acosándolos, y a sus espaldas les hostigaban quince o veinte hombres del gobernador, impidiéndoles retroceder.

Desde luego era inútil pensar en la liberación de los prisioneros, reconoció Haín desesperado.

-¡Al jardín! -gritó-. ¡Allí podremos defendernos mejor, y tal vez algunos logren escapar!

La retirada a las nuevas posiciones se llevó a cabo con cierto desorden, en medio de un fuego infernal. Los castorianos se distribuyeron entre la maleza, ocultándose en los más inverosímiles lugares y luchando con la furia de la desesperación; se encontraban en su elemento ahora, peleando individualmente, cada cual en busca de sobrevivir; y para ello había que poner fuera de combate a tantos enemigos como fuera posible.

Haín vio que, si bien vendiendo caras sus vidas, todos sus hombres acabarían siendo aniquilados. Era preferible sacrificar a unos cuantos, y él como jefe de la expedición, debía ser uno de ellos.

Extrajo un silbato y, llevándolo a la boca, dejó escapar las melodiosas notas de lo que parecía un pájaro de la selva.

Los enemigos no se percataron demasiado del cambio en la forma de combatir de los castorianos; una mitad de éstos comenzaron a correrse hacia determinado sector del jardín, agrupándose allí en silencio. De pronto, divididos en dos secciones, se lanzaron, unos hacia la puerta principal de salida y los demás al interior de la casa. Haín comandaba a estos últimos, mientras Bethel dirigía a los demás que fingían intentar la huida.

La treta dio resultado. Nadie sabía, ni aproximadamente, el número de castorianos que intervenían, y al ver que veinte de ellos surgían súbitamente de la maleza, lanzándose en una embestida incontenible, los

soldados se precipitaron sobre ellos, convencidos de que formaban la total fuerza de nativos, olvidando que otro número aproximadamente igual quedaba aún emboscado entre la espesura. Estos últimos cayeron por la espalda sobre la tropa que acosaba a los que pretendían ganar la salida, arrollándola y uniéndose a los hombres de Bethel.

Pero aún eran muchos los enemigos pese a que la maniobra había mejorado bastante la posición de los castorianos, dueños ahora de la ruta de escape. Los veinticinco hombres aproximadamente que dirigía Bethel, se mantuvieron unos momentos con firmeza, protegiendo en parte la penetración de Haín en la casa, y luego emprendieron la fuga, dispersándose y obligando al mismo tiempo a sus perseguidores a que se disgregaran.

Sin embargo la situación de Haín seguía siendo insostenible: sus diez hombres, dueños de la edificación al haber salido todos los defensores al jardín para ayudar a los soldados, no podían esperar resistir indefinidamente el ataque de cuarenta o cincuenta. Estaban condenados de antemano, pero ya habían cumplido su objetivo.

CAPÍTULO IX

El mayor Pauling se percató inmediatamente de la maniobra llevada a cabo por Hain, pero era demasiado tarde para atajarla. Percy Fulton, en obediencia a su orden, retiró todas sus fuerzas, permitiendo que los castorianos de Bethel se dispersaran por la ciudad, y regresó a la residencia del gobernador para terminar con la resistencia de Hain.

Los castorianos, convencidos de que cada segundo que tardaran en ser derrotados era una probabilidad más para la salvación de sus compañeros, hacían frente con heroico ardor a la aplastante superioridad numérica de los terrestres. Más de una hora prolongaron su defensa, no pensando ni por un momento en aprovecharse de los tres prisioneros de verdadera categoría que capturaron por sorpresa en los primeros momentos de su segunda invasión del domicilio del gobernador.

Colvin, Glass y Kalsky permanecían bien atados en la biblioteca del gobernador para que no molestaran, pero nadie les había importunado, fuera de aquello, en lo más mínimo.

Ésta fue la escena que se encontraron Pauling y Fulton al penetrar en la estancia acompañados por una docena de soldados, y llevando con ellos a los tres prisioneros castorianos, únicos supervivientes del grupo de Hain.

Percy Fulton se apresuró a desatar a los tres humillados personajes.

-Perdón por habernos entrometido, señor -dijo Pauling, dirigiéndose al general luego de los saludos de rigor-. Nadie nos dio órdenes de intervenir en esta acción.

-Ha hecho muy bien, mayor -repuso Kalsky-. ¿Cómo ha sido encontrarse aquí tan oportunamente? Los acuartelamientos están muy lejanos, y sabe usted que hay un acuerdo tácito para que las tropas de ningún bando penetren en Hanepo.

-Precisamente, señor -explicó el comandante-. Hace unos días nuestros telegrafistas captaron un mensaje muy extraño, que ya poco antes nos había llevado a una celada de los castorianos. De momento no quise hacer caso; pero los telegrafistas insistieron en que seguía escuchándose y, contando con la autorización del coronel Smith, trajimos la compañía del capitán Fulton. Respetando el acuerdo, la tropa quedó en las afueras de la población mientras nosotros llegábamos hasta aquí guiados por las indicaciones de los goniómetros empleados en localizar la procedencia de las señales. Naturalmente, al encontrarnos con la batalla que se estaba librando, hemos hecho acudir a toda prisa al resto de la compañía. Eso es todo, mi general.

-Han actuado perfectamente, mayor. Mi mención se hará anotar en su hoja de servicios -viendo que Pauling vacilaba un poco, agregó-: ¿Ocurre algo, además?

-No sé, señor. Le ruego perdone, pero estos prisioneros dicen que han

atacado la casa porque aquí había tres amigos suyos encerrados -dijo el mayor, señalando a Haín y sus dos hombres.

-Comprenderá usted que es una pobre excusa, mayor -intervino Colvin-. Los prisioneros castorianos no pasan nunca por esta casa: es cierto que caen bajo mi custodia, pero se les lleva a los campos de concentración especiales.

-¡No son castorianos! -gritó Haín con aquella voz gutural, típica de los naturales del planeta-. ¡Son terrestres!

El gobernador dio un paso adelante, como si pretendiera golpear al insolente, pero se contuvo. Fingiendo haber sido aquélla su primera intención se aproximó a un soldado que llevaba algunas armas tomadas a los cautivos.

-Mi pistola -dijo, tomándola-. Esta es la tuya, ¿verdad, Bert?

El general asintió con un movimiento de cabeza, tomándola a la vez que decía:

-Bien, mayor. No ha ocurrido nada. Pueden ustedes retirarse.

El prisionero volvió a derramar un torrente de palabras, pero aunque todos comprendieron a la perfección lo que decía, y mientras unos sabían que era verdad y otros lo sospechaban, nadie aparentó hacerle el menor caso.

-¡Vamos! -ordenó Pauling con voz tajante.

Fulton dio media vuelta de mala gana, disponiéndose a abandonar a sus amigos antes que exponerse a una plancha colosal y un disgusto no menos formidable practicando un registro contra la oposición del dueño de la casa y el propio general jefe de las tropas terrícolas.

Pero otra voz, sonando a sus espaldas, le hizo detenerse como si se hubiera convertido en un bloque de hielo.

-¡Eh, mayor! No pretenderá dejarnos aquí, ¿verdad?

Sin miedo al más mínimo error, el capitán Percy Fulton hubiera jurado que aquella voz pertenecía al cabo Snakey, de quien Haín le dijera que estaba encerrado en la casa.

Luego de un segundo de sorprendida inmovilidad, Fulton se volvió para verse apuntado por la pistola del general Kalsky. El arma hizo fuego.

Allí hubiera acabado la carrera del capitán Percy Fulton si Hain, comprendiendo instantáneamente que se estaban jugando las vidas de todos los que podían liberar a sus amigos, no se hubiera interpuesto en el camino de la descarga, recibiéndola en pleno pecho. El castoriano cayó muerto, pero su rapidísima acción fue bastante para permitir a Percy extraer su pistola y disparar sobre el general.

En tanto, Colvin estaba imitando a Kalsky, pero tomando como blanco al mayor Pauling. El sargento Moore levantó su rifle, aún sin comprender muy bien lo que ocurría, pero decidido a defender a sus inmediatos

superiores frente a aquella agresión no provocada y que, sin duda alguna, era una traición. Su descarga, por lo precipitada, erró la víctima elegida pero acertó de lleno sobre Glass; fue Fulton quien, con su segundo disparo, dio buena cuenta del gobernador.

A sus espaldas, los guardias de Colvin se habían movilizado también en defensa de sus jefes, bajo la dirección de Lester. Se organizó una breve pero encarnizada batalla cuerpo a cuerpo, en la que intervinieron con no poca eficacia los dos castorianos supervivientes, cuyos guardianes los habían olvidado en el bullicio.

Fulton no tuvo apenas oportunidad de participar en el combate, pues luego de haber eliminado a Colvin se dio cuenta de qué el disparo de éste había acertado al mayor Pauling. Vivía, desde luego, pero durante unas horas estaría poco menos que inutilizado de las dos piernas.

-Estoy bien, Fulton. No se preocupe por mí -sonrió el mayor-. Busque a Snakey y los demás. Después de todo, los castorianos tenían razón.

El capitán dio un vistazo a los combatientes. La cosa parecía resuelta, y sus hombres luchaban con verdaderas ganas con aquellos compatriotas que, luego que les hubieron salvado la vida, se revolvían contra ellos traidoramente.

Ni uno solo quedó con vida para contar lo ocurrido allí dentro.

Fulton escrutó la biblioteca y el despacho, buscando a los prisioneros. No aparecían por parte alguna, y él había oído la voz de Snakey allí mismo. Intrigado y temiendo que les hubiesen hecho desaparecer una vez más, llamó:

-¡Snakey! ¿Dónde diablos está metido?

-Estamos debajo del sótano, capitán. En un lugar que, si no le digo exactamente cómo encontrar, se pasaría usted la vida buscando sin dar con él.

* * *

-Así están las cosas, mayor -anunció Tom Shelley luego que hubo explicado todos los acontecimientos que llevaron a aquella situación-. ¿Qué hacemos ahora?

-¿Hacer? No comprendo -Pauling estaba desmadejado sobre una butaca de la biblioteca de Colvin, esperando que transcurrieran las horas necesarias para que desapareciese el efecto de la descarga recibida-. Supongo que lo que procede es redactar un informe exacto del comportamiento de Colvin y sus asociados, firmar la paz provisional con Nahuk y...

-Escuche, señor Pauling -le interrumpió el periodista-. ¿Quién va a creer en la palabra de un simple cabo y dos periodistas ansiosos de notoriedad, cuando nos enfrentamos con una organización poco menos que intacta? Cierto que han desaparecido los tres cabecillas principales, pero no

dejará de reconocer que eran personas de categoría, y en principio habrá resistencia a admitir las atrocidades que se les imputarían. Luego, además, están sus subordinados que, por la cuenta que les trae, procurarán echar tierra al asunto y desacreditarnos a nosotros. Además, hay que ultimar la tarea, barriendo a la vez a los que en Pólux están haciendo lo mismo. Un ataque frontal es punto menos que imposible contra todos ellos a un tiempo. Nos arrollarían. ¿Me entiende?

-A la perfección, Shelley -repuso el mayor-. Pero yo soy un militar y, por tanto, partidario de los métodos directos. Oigamos su plan, pues supongo que tiene uno.

-¿Permite que meta baza, mayor? -intervino Snakey.

-¿No puede esperar a que oigamos lo que tiene que decir el señor Shelley?

-Precisamente, lo que quiero es evitar que diga más tonterías. Ahora, si quiere insistir en ellas...

-Tú conoces mis proyectos, Snakey -reconoció su amigo-. Expón los tuyos, si te parecen mejores.

-La cosa está clara: se impone recoger pruebas irrefutables.

-Y, sin embargo, llovía... -murmuró Tom con sorna.

-Muy gracioso. ¿Me callo?

-No; sigue, sigue...

-¿Cuántos hombres tenemos aquí, mayor?

-Ochenta y tantos -repuso Fulton a esta pregunta.

-Bastarán. Lo que yo propongo es lo siguiente: nosotros, particularmente y con nuestra propia autoridad, que no es mucha, pero bastará para el caso, declaramos una tregua aquí dentro. Tú, Tom, te largas a casa de Tahel; dile que reúna a Bethel y sus hombres y pongan cerco a las oficinas de Glass. No debe salir nadie de allí... ni desaparecer ningún documento de su interior. La mejor forma de lograrlo es poniendo dos guardianes de vista a cada empleado. Arréglatelas como puedas.

-¿Y qué más?

-Por tu parte... nada. Pero, a fin de que veas por dónde va la cosa, mirad -se desplazó hacia la estantería acristalada junto a la que depositara el micrófono. Sin el menor miramiento rompió el vidrio y empezó a sacar libros, ofreciéndolos al mayor-: Lea, señor. Es muy instructivo.

-¡Diablos! -murmuró Pauling al cabo de unos momentos-. ¡Aquí está la lista de todos los militares complicados!

-Precisamente. A Colvin le interesaba tenerla a mano para determinadas ocasiones en que necesitara pedir ayuda al ejército. Tuve tiempo de dar un vistazo a todo esto antes de que me sorprendiera su excelencia.

-¡Vaya amigos que tengo! -exclamó Shelley-. ¡Arriesga la vida para eso! ¿Qué he sacado yo en claro de este asunto? ¿Dónde están mis

brillantes crónicas con las que pensaba descubrir la conspiración poco a poco?

Snakey soltó una sonora carcajada, que corearon en tono menor Fulton y Pauling.

-¡Ahí tiene un patriota, señor! -dijo el cabo, casi saltándosele las lágrimas-. No le importa que arda un mundo, con tal de poder meter su cizaña particular.

-Yo creo que puede solventarse -medió Fulton-. Una exclusiva de la noticia al público... una serie de crónicas con antecedentes de primera mano... la relación de tus aventuras en las selvas de Castor... ¿Qué más quieres, diablo?

-Y yo, ¿qué? -saltó Avril, indignada-. ¡También tengo mis derechos!

-Nadie lo duda. Tendrás tu participación. ¿No es cierto, Tom? -replicó el capitán.

-¿Qué remedio? -se resignó éste-. Luego de recoger las migajas, tener que compartirlas con la competencia... ¡Adiós, estrategas! ¡Voy a cumplir con mi misión de asaltar unas pacíficas oficinas comerciales!

-Una pregunta, por favor -le interrumpió Pauling cuando ya se dirigía hacia la puerta-. ¿Qué hay de esa señal que nos ha hecho venir hasta aquí? Me tiene...

-Eso corresponde al negociado del cabo Snakey -Shelley señaló con el dedo hacia el hombrecillo vestido de negro. Haciendo seña a los dos castorianos que restaban de la escuadra de Hain, salió con ellos de un humor de todos los diablos.

El mayor se quedó mirando interrogativamente a Snakey.

-Fácil, mayor -explicó éste, con una sonrisa de oreja a oreja-. Cuando comprendí que los castorianos nos echarían mano más pronto o más tarde, hice unos pequeños arreglos en mí fusil, fingiendo que estaba averiado. A partir de ese momento dejó de cargar, emitiendo toda la energía que captaba por las células en forma de impulsos de radio -se puso sombrío-. Siento que, al atraerles aquí, diera lugar a un combate en que murieron bastantes muchachos de uno y otro lado. Le expliqué la cosa a Nahuk, y por eso le pedí que hiciera venir a Haín -señaló el cuerpo que habían retirado a un rincón-. El fusil lo llevaba él.

-Pero, ¿por qué ese afán de atraernos aquí? ¿No bastaba con los castorianos?

-A no ser en las circunstancias que se han dado, ustedes no hubieran podido localizar en la ciudad el lugar exacto de donde procedía la emisión. ¿A quién se le ocurre que un rifle es la fuente de las ondas? Por lo menos habrían pasado un par de días, tiempo suficiente para que se llevaran a cabo mis planes. Por tanto, jugué con ustedes como fuerza de reserva, con vistas a que, si las cosas llegaban a ponerse calientes, contaría con una compañía

entera de terrestres como testigos de las *faenas* de Colvin. Es, como digo, para el caso de que fallara mi proyecto principal: ocultar un micrófono en su despacho, para lo que me valí de un pequeño aparato emisor-receptor del que Nahuk me proporcionó dos ejemplares; aquí está -era una cajita muy parecida a la que escuchara en la celda, situada muy próxima a la puerta del despacho de Colvin. Luego mostró el que llevaba en el bolsillo-. Con este otro podríamos escuchar todas las conversaciones y obtener pruebas. El ejército nos hubiera valido entonces para asaltar la casa en lugar de los castorianos, si parecía prudente. Pero me cogieron -se encogió filosóficamente de hombros-. Por fortuna recordé que el aparatito que había colocado aquí tenía en funcionamiento el emisor y el receptor, no sólo el primero. De esa forma pude hacerme oír por ustedes.

-Y buena la organizaste, granuja -habló Fulton.

-Lo que vale son los resultados, capitán.

CAPÍTULO X

-¿No le parece un poco irregular venir a visitarme a estas horas, en mi propio domicilio, y sin seguir los cauces reglamentarios, mayor? -inquirió el general Howard, jefe de los Servicios de Información del Ejército, de no muy buen talante.

-Lo sé perfectamente, señor. Sin embargo, las circunstancias tan excepcionales de lo que me trae obligan a hacerlo así. Espero que lo comprenderá cuando me haya explicado.

-Hágalo... y procure que los motivos me parezcan buenos a mí también.

-Espero que lo sean, señor: se trata de lo siguiente...

Y le narró las aventuras en que se vieran envueltos los dos periodistas y el cabo Snakey, terminando con su propia participación en el asunto.

Howard le escuchó en silencio, cada vez más interesado, pero no sin cierta expresión de incredulidad en su semblante. Cuando Pauling hubo finalizado su narración, se quedó mirándole con fijeza.

-¿Espera que me crea todo eso... así por las buenas, mayor? Es algo inconcebible.

-Indudablemente, general. Pero también es cierto.

-Observe que aún no he dicho que mienta usted. Pero debe comprender que no me ha presentado prueba alguna. Sus únicos testigos son, precisamente, personas a quienes acusa; y están muertos. Los demás son personas a quienes, por una u otra causa, no puedo estimar como desinteresados en la cuestión. Tengo buenos informes suyos, mayor, y sé que su tropa le aprecia... casi en demasía -levantó el brazo al ver el gesto de protesta de Pauling-. Insisto en que no le estoy acusando de mentir. Pero póngase en mi lugar: nada menos que el general jefe, el gobernador y uno de los más poderosos financieros de la Confederación, muertos durante una algarada entre tropas terrestres y castorianas en casa del segundo. Sin pruebas no es nada fácil presentar eso como una traición de las primeras autoridades nuestras en el planeta... o como una consecuencia de ella.

Pauling sonrió.

-Tiene usted todo el trabajo hecho, señor. Únicamente necesitamos la sanción oficial propia del cargo que ostenta... y una poca ayuda.

-Explíquese.

-En las oficinas de Glass encontramos documentos sobrados que acreditan el contubernio entre éste, Colvin y Kalsky: porcentajes de beneficios entregados a éstos, autorizaciones de importación y exportación, que estoy seguro no han pagado los impuestos correspondientes... Poco es, pero constituye una base de investigación. Eso por un lado. Por otro, el gobernador fue lo bastante amable para dejarnos una lista muy interesante de personas con quienes ha estado en combinación; en ella ocupan lugar muy preeminente varios jefes militares, entre los que, como es lógico, se

encuentra el general Kalsky. Ahí es donde más necesaria es la ayuda del Servicio de Información Militar.

-Muéstreme esos documentos, Pauling.

El mayor extrajo lo pedido de una voluminosa cartera.

* * *

Una hora después, el general Howard tenía reunido a su estado mayor. Junto a él, el comandante Pauling le servía de ayudante.

-Tengo que comunicarles una grave noticia, señores -comenzó Howard-. Hace pocas horas se ha desarrollado un ataque por parte de los castorianos contra la residencia del gobernador Colvin. En la lucha ha muerto su excelencia, así como el financiero señor Glass, que le estaba visitando. Nuestras fuerzas han llegado a tiempo únicamente de aniquilar a los atacantes y dispersarlos.

Un rumor de voces asombradas se levantó por toda la estancia.

-Ahora bien -continuó el general-. Según informes que poseo, la cosa ha sido un atentado obra de algunos altos oficiales terrestres. El general Kalsky se encuentra entre ellos. Por lo visto sus móviles eran enconar aún más los ánimos para que prosiga esta guerra que todos sabemos sin objeto... y, de paso, eliminar a unos cómplices molestos. Sí, señores -continuó-. El general Kalsky estaba en combinación con el gobernador y el señor Glass. Tengo pruebas. Nuestra misión consiste en detenerlos rápidamente y conducirlos a la Tierra para ser juzados. La tarea se distribuirá como sigue:

»Comandante Johnson: usted, junto con diez soldados, se dirigirá a la residencia del general. Deténgalo... y no vacile en disparar sobre él si ofrece resistencia. Sanders: busque al coronel Williams; Gómez lo hará con el mayor Thomas.

Y así continuó distribuyendo órdenes a diestro y siniestro, hasta que tuvo todas las salidas cubiertas. Finalmente:

-Se irán reuniendo todos, con sus respectivos presos, en el pabellón número 3 del espaciopuerto. La astronave *Mizar* está preparada para zarpar en el acto. Dentro de una hora les quiero allí a todos. ¡Entiendan bien! El pabellón número 3. La tripulación que les ha de conducir estará allí también. Pueden irse.

Los oficiales del Servicio de Información se dispersaron en busca de soldados a quienes llevar consigo en las misiones confiadas. Dos de ellos, Sanders y Gómez, marcharon juntos unos momentos.

-Nos han cogido -murmuró el primero, levemente pálido-. ¿Cómo se le habrá ocurrido hacer una cosa así al imbécil de Kalsky? Y sin decirnos nada...

-Eso tiene poca importancia en estos momentos. Lo que interesa ahora es largarnos... y que no nos pillen.

-Dime el procedimiento, porque yo no lo veo.

-La *Mizar* nos llevará a Pólux. Tú y yo nos podemos encargar de eso. Ve en busca de Williams como te han mandado; naturalmente, llevarás hombres de confianza. Finge detenerlo y dirígete lo más rápido que puedas a la nave. Yo haré lo mismo con Thomas. Nos aposentaremos allí y, cuando lleguen los demás, no resultará difícil dominarlos por sorpresa. Esa espera en el pabellón número 3 nos vendrá como anillo al dedo.

Se separaron. Gómez reunió rápidamente una escuadra de soldados de toda su confianza y los llevó a la residencia del mayor Thomas. En pocas palabras le tuvo al corriente y ambos se encaminaron a toda velocidad hacia la *Mizar* en el automóvil que llevara al efecto.

-Sanders ha sido rápido, a lo que veo -comenzó Thomas-. Ya está allí.

Se introdujeron en la astronave. Un oficial a quien Gómez no conocía le salió al encuentro.

-A la orden, mayor -dijo el capitán Brewer, pues de él se trataba-. El teniente Sanders me ha dado órdenes de decirles que todo está a punto. Les espera en la cámara de controles.

Sanders y el coronel Williams esperaban arriba, tal como le indicara Brewer... pero esposados. Howard, el mayor Pauling, el capitán Fulton y algunas personas más los acompañaban.

-¿También usted ha interpretado equivocadamente las órdenes, Gómez? -inquirió el general con un tonillo irónico.

-No sé a qué se refiere, señor -balbuceó éste-. Usted nos dijo...

-Recuerdo muy bien lo que les dije. Por eso les esperaba aquí. Y no pretenda excusarse. Los cuatro han cometido el mismo error: ¿Desde cuándo se permite conservar sus armas a los detenidos?

Esta pregunta estuvo a punto de costarle la vida. Gómez y Thomas, recobrados algo de la paralizadora impresión, echaron mano a sus pistolas. Hubo un pequeño barullo al arrojarse diez o doce hombres sobre ellos, y por fin renació la calma.

-Esas son las pruebas que necesitaba para demostrar su traición, señores. Las demás que poseo son algo circunstanciales y hubieran dado mucho trabajo -manifestó Howard-. Ahora, con las declaraciones de algunos de sus compañeros, que han tenido la debilidad de prestarlas, dudo que ningún tribunal militar deje de aplicarles el máximo castigo.

* * *

-Asunto solventado, mayor -sonreía Howard poco después-. Le felicito. Supongo que la paz con Nahuk es cuestión de días. Y no creo que se vuelva a incurrir en los errores cometidos. Nunca ha sido buena la política de mano dura... sobre todo cuando es innecesaria como en este caso. Espero que los castorianos colaborarán.

-Con entusiasmo, señor; puedo asegurárselo -medió Shelley.

Se volvieron hacia él. Avril Hocking estaba a su lado...

sospechosamente próxima. Fulton sonrió al pensar en las peleas de los primeros días de conocerse ambos.

-¿Ya habéis llegado a un acuerdo? -preguntó.

-¿Te refieres a lo nuestro? Creo que sí -repuso Shelley-. Vamos a formar sociedad, y el trabajo de los dos se unirá en un fondo común. Lo que se gane con ello será por mitad para...

-¡Total! Que vais a casaros...

Shelley se le quedó mirando con admiración.

-¡Pero qué inteligente! Eso mismo es lo que hemos pensado. Y solemnizaremos nuestra asociación en la Tierra. El viejo Hocking no nos perdonaría nunca que no le permitiéramos estar presente en la boda.

-¡Capitán! -gritó Snakey desde un poco más allá.

-¡Mayor! -chilló Fulton al mismo tiempo.

Pauling iba a hablar también, pero se detuvo, paseando con asombro la mirada del uno al otro.

-¿Qué desea, Fulton? No es necesario que grite; no soy sordo.

-Pues, verá usted, mayor; ahora que la guerra está; como quien dice, terminando... ¿no podría conseguirme un permisito para la Tierra? La familia... y de paso, pues... bien, me gustaría estar presente en el casamiento de esta pareja...

-Yo quería pedirle a usted lo mismo, capitán... si puede ser -sonrió Snakey.

-El caso es... Está bastante mal la cosa ahora, no crean... -de pronto los miró fijamente-. ¿Para qué andar con disimulos, diablos? ¿Pueden decirme quién infiernos se va a quedar aquí? ¡Porque yo iba a pedirle al general que me permitiera llevar su informe al Alto Estado Mayor en la Tierra, cómo mensajero especial!

-Opino que alguien se va a quedar en Castor -intervino Howard jovialmente-. No tengo la menor intención de enviar mensajero alguno a la Tierra... porque ¡pienso llevarlo en persona! ¿Creen que yo tengo algún interés en perdérmelo?

-Vámonos, querida -susurró Shelley al oído de la muchacha-. Estos terminan a tiros antes de nada.

FIN

216

El hallazgo de una pistola protónica en las excavaciones arqueológicas de Gourdon, al sur de Francia, causó verdadera sensación en el mundo entero. Lo insólito del hallazgo y sus circunstancias removió los cimientos de toda la sociedad científica mundial. Lo hizo de tal modo, que inmediatamente se organizó, para intentar resolver aquel misterio, una

EXPEDICION AL PASADO

Eran cinco hombres, trasladados al paleolítico inferior en busca de la solución de un misterio al parecer insoluble. ¿Cómo había llegado aquel arma del siglo XXII hasta la prehistoria? ¿Quién la había traído? ¿Y en qué circunstancias lo había hecho?

P. DANGER

el autor que sabe dar a cada una de sus novelas un sello de personalidad inconfundible, les ofrece en esta obra una de sus más logradas producciones. Usted seguirá paso a paso el hilo del relato, sin poderse desprender de él hasta llegar a su inesperado y sorprendente desenlace.

EXPEDICION AL PASADO

una obra que, siguiendo su ininterrumpida línea ascendente, se complacerá en ofrecerles próximamente la prestigiosa colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú, 924. Bs. As. $ 10 m./n.